



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

EVANGELINA.

POEMA DE H. W. LONGFELLOW,

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR D. JUAN DE IZAGUIRRE.

Allí, sobre esteras y pieles descansaron, se refrigeraron con tortas de maíz y mitigaron su sed con agua de la calabaza del maestro. En pocas palabras relatóle su historia, y el sacerdote solemnemente contestó:

—No hace seis días que Gabriel, sentado á mi lado, en esa misma estera donde la jóven descansa, me contó esa misma historia melancólica; y levantándose despues prosiguió su viaje.

La voz del sacerdote era dulce y habló con acento de bondad; pero en el corazón de Evangelina cayeron sus palabras como caen en invierno los copos de nieve en nido solitario abandonado por los pájaros.

—Lejos, hácia el Norte ha ido —continuó el sacerdote; —pero en el otoño, cuando haya concluido la caza, regresará á la Mision.

Entonces dijo Evangelina con mansa y sumisa voz:

—Dejadme quedar aquí con vos, porque mi alma está triste y afligida.

Á todos pareció esto bueno y prudente, y sin perder tiempo, á la siguiente mañana, montando su corcel mejicano, y acompañado de sus guías indios, tornóse á su casa Basilio, y Evangelina se quedó en la Mision.

Lentamente, lentamente, sucediéronse los dias unos á otros; dias, semanas, meses; y los campos de maíz que estaban brotando verdes de la tierra cuando la forastera llegó, ahora mecían por cima de ella sus flexibles tallos y entretejian sus hojas, formando albergues para los cuervos pordioseros y graneros que saquear para las arduillas. Despues, en la dorada estación se cogió y apiló el maíz, y las jóvenes se ruborizaron cada vez que encontraron una panocha encaramada, porque eso indicaba un amante, y rieron

de las jorobadas llamándolas rateras del maíz.

Tampoco la encarnada panocha trajo su amante á Evangelina.

—; Paciencia! — le dijo el sacerdote. — Ten fe y tu ruego será atendido. Mira esta planta delicada que yergue su cabeza sobre el prado; mira cómo sus ho-

jas todas se dirigen hácia el Norte, con tanta exactitud como el iman: es la flor de la brújula, que el dedo de Dios ha colocado aquí sobre su frágil tallo para dirigir el rumbo del viajero por la ilimitada extensión sin caminos del desierto. Tal es la fe en el alma humana. Los ramos de la pasión de alegras y



¡Cuántas veces tus ojos habrán contemplado estas arboledas que me rodean

frondosas flores son más vivos y fragantes; pero nos seducen y descaminan y su olor es mortífero. Sólo esta humilde planta es la que nos puede guiar, y al cabo nos coronamos con las flores de asfodeo que están empapadas de los jugos del nepente.

Así llegó el otoño, y pasó, y el invierno, y Gabriel sin tornar. Floreció la nueva primavera y las notas del petirojo y azulejo resonaron dulcemente por las campiñas y los bosques, y Gabriel sin volver. Pero con el aliento de los vientos estivales llegó un rumor más dulce que el canto de los pájaros ó el matiz y

aroma de los capullos. Dijo que allá á lo lejos, en el Nordeste, en las selvas del Michigan, Gabriel había construido su choza á orillas del río Saginaw, y con gutas que regresaban en dirección de los lagos del San Lorenzo, despidiéndose tristemente Evangelina se fué de la Mision.

¡Cuando despues de cansados caminos y marchas largas y peligrosas, alcanzó por fin las profundidades de las selvas del Michigan, se balló la choza del cazador desierta y en ruinas!

Y así se deslizaron largos y tristes años, y en es-

taciones y lugares distintos y apartados vióse á la jóven peregrina, tan pronto bajo las apacibles tiendas de las humildes Misiones moravas, como en los

bulliciosos campamentos y en los campos de batalla; tan pronto en solitarias aldeas como en populosas villas y ciudades.



Así vivió muchos años como hermaná de la caridad.

Llegaba como fantasma y pasaba sin dejar un recuerdo tras sí. ¡ Hermosa y jóven cuando llena de esperanza comenizó la larga jornada; marchita y vieja cuando desengañada la terminó! Cada año sucesi-

vo robó algo á su belleza, dejando en ella más ancho y profundo surco la tristeza y la sombra.

(Se continuará.)

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO,

POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Tal era el magnífico panorama de una de las costas más pintorescas del Peloponneso.

Pero al aproximarse á Arkadia, la antigua Ulyparrissia, que fué el principal puerto de Mesenia en tiempo de Epaminondas, y luego uno de los feudos del francés Ville-Hardouin después de las Cruzadas, ¡que espectáculo tan desolador para los ojos! ¡cuán dolorosos recuerdos!

¡Dos años antes Ibrahim destruyó la ciudad, asesinando ancianos, mujeres y niños! ¡Su vetusto castillo, que se levantaba en el emplazamiento del antiguo acrópolis, estaba arruinado; arruinada la iglesia de San Jorge, que los fanáticos musulmanes habían saqueado; arruinadas sus casas, sus edificios públicos, todo!

— ¡Cómo se reconoce que por ahí han pasado nuestros amigos los egipcios! — murmuró Nicolas Starkos, sin experimentar emoción alguna ante aquella horrible escena.

— ¡Y ahora los turcos son dueños de eso! — repuso el patron.

— ¡Si... por mucho tiempo... y quizá para siempre! — añadió el capitán.

— ¿Se acercará la *Karysta*, ó seguimos navegando?

Nicolas Starkos observó atentamente el puerto, del cual no le separaba más que la distancia de unos cables. Luego dirigiéronse sus miradas á la ciudad, colocada una milla más atras, en una estribacion del monte Psykhro. Parecía vacilar sobre lo que le convenia hacer respecto á Arkadia; atracar al muelle ó tomar el largo.

El patron seguía esperando la respuesta del capitán.

— ¡Haced la señal! — dijo al fin Nicolas Starkos.

El gallardete rojo con media luna de plata fué izado á la punta de la antena y ondeó al aire.

Algunos minutos despues, otro gallardete igual flotaba en el tope de un mástil levantado en el morro del puerto.

— ¡Atraca! — dijo el capitán.

La saqueva hizo rumbo á la entrada del puerto, y en cuanto la cuniló se dejó ir sin cuidado. Arriáronse las velas de mesana, despues la mayor, y la *Karysta* dió en el canal sin más que su foque, y con la velocidad adquirida tuvo bastante para llegar al centro del puerto. Allí dejó caer el anda y los marineros se ocuparon en las diversas maniobras que siguen á un fondeo.

En seguida se echó la chalupa al mar; el capitán se embarcó en ella, se apartó del buque por el impulso de cuatro vigorosos golpes de remo y fué á atracar á una escalerilla de piedra practicada en el muelle del muelle. Un hombre que le esperaba en aquel sitio le saludó con estas palabras:

— ¡Skopelo está á las órdenes de Nicolas Starkos!

Un movimiento de mano familiar fué la única respuesta del capitán. Pasó delante, y subiendo unas cuantas se encaminó hácia las primeras casas de la poblacion. Despues de pasar entre las ruinas del último sitio por un medio de calles obstruidas por los soldados turcos y árabes, se detuvo á la puerta de una posada casi intacta, con la muestra de *Minerva*, donde entró, seguido de su compañero.

Al poco tiempo el capitán Starkos y Skopelo se hallaban sentados junto á una mesa bebiendo raki, fuertísimo alcohol extraído del gannon. Liraron cigarrillos de dorado y aromático tabaco de Missolonghi, pasáronse á fumar y entablaron una conversacion en la cual uno de los interlocutores parecia humildísimo servidor del otro.

La fisonomia de Skopelo era antipática, cautelosa y á veces inteligente. Debía tener unos cincuenta años, áun cuando aparentaba ménos. Rostro de prestamista, con pequeños ojos, de mirada falsa, pero vivos; cabello escaso, nariz encorvada, manos con dedos en forma de garfios y pies larguissimos, á los cuales pudiera aplicarse lo que se dice de los pies de los albaneses: « Cuando los dedos están en Macedonia, el talon está en Beocia. » Por último, una cara redonda, sin bigote; cabeza fuerte, calva ya en la parte superior del cráneo, sobre un cuerpo flaco y de mediana estatura. Aquel tipo de judío árabe, cristiano de nacimiento, sin embargo, llevaba un traje muy sencillo — la chaqueta y el calzon del marinero levantino — oculto debajo de una especie de hopalanda.

Skopelo era el perfecto hombre de negocios que se necesitaba para gestionar los intereses de los piratas del Archipiélago, sumamente hábil para ocuparse en colocar los objetos robados y en vender prisioneros en los mercados turcos para trasportarlos despues á las costas de Berberia.

Fácil es presumir lo que podria ser una conversacion entre Nicolas Starkos y Skopelo, los asuntos que en ella tratarian, la manera de apreciar los hechos de la actual guerra y los cálculos del beneficio que de ella pensaban obtener.

— ¿Cómo está Grecia? — preguntó el capitán.

— Poco ménos que en el estado en que la dejasteis — repuso Skopelo. — Ya hace más de un mes que la *Karysta* navega por las costas de Trípoli, y desde vuestra marcha no habréis tenido noticia alguna.

— Ninguna, en efecto.

— Sin embargo, capitán, puedo deciros que los hu-

ques turcos están dispuestos á trasportar á Ibrahim y á sus tropas á Hydra.

— Si — contestó Nicolas Starkos. — Los he visto anoche al cruzar la rada de Navarino.

— ¿ No habeis recalado en ninguna parte desde que salisteis de Trípoli? — preguntó Skopelo.



Fue izado un farol rojo.

— Si.... una sola vez. Me he detenido algunas horas en Vitylo.... para completar la tripulación de la *Karysta*. Pero desde que me separé de las costas del Magno nadie ha respondido á mis señales ántes de llegar á Arkadia.

— Quizá no habria ocasion de responder — añadió Skopelo.

— Dime — preguntó Nicolas Starkos — ¿ qué hacen en este momento Miaulis y Canaris ?

— Están reducidos á intentar golpes de mano que no pueden asegurarles más que algunos triunfos parciales, pero nunca una victoria decisiva. Por esto, niéntras ellos persiguen á los buques turcos, los piratas se enseñorean de todo el Archipiélago.

— ¿ Y se sigue hablando de....

— ¿ De Sacratif ? — respondió Skopelo, bajando un poco la voz. — Si.... en todas partes.... siempre.... y sólo de él depende que aún se hable más.

— ¡ Se hablará !

Nicolas Starkos se había levantado, despues de beber un vaso que le llenó Skopelo. Paseábase á lo largo del aposento, y asomándose á la ventana con los brazos cruzados escuchaba las groseras canciones de los soldados turcos.

Al cabo de un rato volvió á sentarse frente á Skopelo, y cambiando bruscamente el curso de la conversacion, preguntó :

— ¿ Significaba tu señal que tenias aqui un cargamento de prisioneros ?

— Si, Nicolas Starkos ; hay para llenar un buque

de cuatrocientas toneladas. Es todo lo que queda del degüello que ha seguido á la derrota de Cremnydi. ¡Sangre de Dios! ¡Los turcos han matado esta vez mucho! Si se les hubiera permitido seguir no hubieran dejado un solo prisionero con vida!

—¿Son hombres, mujeres?...?

—Sí; también hay niños.... de todo.

—¿Dónde están?

—En la ciudadela de Arkadia.

—¿Te han costado muy caro?

—¡Hum! El pachá no es muy complaciente — dijo Skopelo. — Cree que la guerra de la independen-



Skopelo está á las órdenes de Nicolas Starkos.

cia toea á su fin.... desgraciadamente. En cuanto la guerra se acabe, se acabaron las batallas. No habiendo batallas no hay *razzias*, como dicen allá en Berberia, y no habiendo *razzias* no hay mercancía humana ni de ninguna clase. Si los prisioneros escasean suben los precios. Es una compensacion, capitan. Sé de buena tinta que en este momento hacen falta esclavos en los mercados de África, y éstos podemos despacharlos á un precio muy ventajoso.

—¡Bien! — dijo Nicolas Starkos. — ¿Está todo dispuesto? ¿Puedes embarcarte en la *Karysta*?

— Todo está dispuesto y nada tengo que hacer aquí.

— Bueno, Skopelo. Dentro de ocho ó diez días, un

buque que zarpará de Scarpanto vendrá á tomar el cargamento. ¿Se le entregarán sin dificultad?

— Sin dificultad, así está convenido — repuso Skopelo; — pero mediante pago en el acto. Será preciso entenderse ántes con el banquero Elizundo para que acepte nuestras letras. Su firma es buena y el pachá tomará sus pagarés como dinero contante.

— Voy á escribir á Elizundo diciéndole que no tardaré en recalar en Corfú para concluir este negocio....

— ¡Este negocio.... y otro no ménos importante, Nicolas Starkos! — añadió Skopelo.

— ¡Quizá! — dijo el capitan.

— En verdad, sería muy justo. Elizundo es rico.... excesivamente rico.... segun dicen.... ¿Y quién le ha

enriquecido más que nuestro comercio..... nosotros.... con riesgo de ir á parar á la punta de una verga de mesana y ser ahorcados á un silbido del pito de un patron?.... ¡ Ah! ¡ En los tiempos que corren es magnífico eso de ser banquero de los piratas del Archipiélago! ¡ Lo repito, Nicolas Starkos, sería muy justo!

— ¿Qué es lo que sería justo? — preguntó el capitán, mirando frente á frente á su segundo.

— ¡Cómo! ¿no lo sabéis? — contestó Skopelo. — ¿Es que me lo preguntáis por el gusto de oírmeo repetir por centésima vez?

— ¡Puede ser!



Vista de Zanto.

— La hija del banquero Elizundo....

— Lo que sea justo se hará — replicó sencillamente el capitán poniéndose en pié.

En seguida salió de la posada de la *Minerva*, y seguido de Skopelo volvió al puerto, donde le esperaba su chalupa.

— ¡Embárcate! — dijo á Skopelo. — Negociaremos estas letras con Elizundo en cuanto lleguemos á Corfú. Luego regresarás á Arkadia para hacerte entrega del cargamento.

— Me embarco — contestó Skopelo.

Una hora despues salía la *Karysta* del golfo. Pero antes de ponerse el sol pudo oír Nicolas Starkos un ruido sordo, lejano, que venía del Sur.

Éra el cañon de las escuadras combinadas que re-tumbaba en Navarino.

VI.

¡ SÚS, Á LOS PIRATAS DEL ARCHIPIÉLAGO!

La dirección al NNE. que llevaba la sacoleva debía permitirle seguir aquel hermoso vivero de las islas Jónicas, que no se pierden de vista sino para encontrar otras nuevas.

Afortunadamente para ella, la *Karysta*, con su aspecto de honrada embarcacion levantina, mitad yacht de recreo, mitad barco mercante, no descubria nada acerca de su origen. Su capitán no hubiera obra-

do con prudencia aventurándose bajo el cañon de las fuerzas británicas y á merced de las fragatas del Reino Unido.

Unas quince leguas marinas solamente separan á Arkadía de la isla de Zanto, y la flor de Levante, como la llaman los italianos en su poético lenguaje. Desde el fondo del golfo que atraviesa entonces la *Karysta*, aún se ven las verdes cumbres del monte Scopos, en cuya falda surgen bosques de olivos y naranjos, que han recompensado á las alvas cantadas por Homero y por Virgilio.

El viento era favorable, una brisa firme de tierra que la enviaba el Sudeste, haciéndole hendir rápidamente las aguas de Zanto, casi tan tranquilas como las de un estanque.

Al caer la tarde pasó á la vista de la capital que tiene el mismo nombre que la isla. Es una hermosa ciudad italiana, que ha brotado en la tierra de Zacyntho, hijo del troyano Dardanus. Desde el puente de la *Karysta* no se distinguía más que las luces de la ciudad, que se extiende en una media legua á la orilla de una bahía circular. Aquellas luces, esparcidas á diversas alturas, desde los muelles hasta las almenas del castillo, de origen veneciano, edificadas á trescientos pies sobre el nivel del mar, formaban una enorme constelación, cuyas principales estrellas señalaban la plaza de los palacios del Reinamiento y la catedral de San Dionisio de Zacyntho.

Con aquel pueblo profundamente modificado por el contacto de los venecianos, de los franceses, de los inglesos y de los rusos, no podía mantener Nicolás Starkos las mismas relaciones comerciales que le unían á los turcos del Peloponoso. Así, pues, no tuvo que transmitir señales de ningún género á los vigías del puerto, ni que recabar en aquella isla, patria de dos poetas célebres, uno italiano, Hugo Foscolo, que floreció á fines del siglo XVIII; otro, Salomón, uno de las glorias de la Grecia moderna.

La *Karysta* cruzó el angosto brazo de mar que separa á Zanto de la Acaya y de la Elida. ¡Algun oído de á bordo se ofendió con los cantos que llevaba la brisa, como burcardas escapadas del Lido! Pero era preciso resignarse. La sucesiva pasó por medio de aquellas melodías italianas, y al día siguiente se encontraban en el golfo de Patras, honda escotadura que continúa el golfo de Lepanto hasta el istmo de Corinto.

Nicolás Starkos estaba de pié en la proa de la *Karysta*. Su mirada recorría toda aquella costa de la Acarnania en el límite septentrional del golfo. ¡De allí surgían grandes é indelibles recuerdos que hubieran debido acongojar el corazón de un hijo de Grecia, si este hijo no hubiera renegado de su madre y no la hubiera hecho traición!

— ¡Missolonghi! — dijo Skopela alargando la mano hacia el Nordeste. — ¡Mala población! ¡Gente que prefieren volar á rendirse!

En efecto, dos años antes no podían hacer allí negocio alguno los mercaderes de prisioneros ni los vendedores de esclavos. Al cabo de diez meses de lucha, los sitiados de Missolonghi, quebrantados por las fatigas y desfallecidos por el hambre, resolvie-

ron hacer volar la ciudad y la fortaleza antes que entregarse á los soldados de Ibrahim. Hombres, mujeres y niños, todos habían perecido en la explosión, de la que no se salvaron ni los mismos vencedores.

El año anterior, casi en el mismo sitio en que acababa de ser enterrado Marco Botsaris, uno de los héroes de la guerra de la independencia, había ido á morir sin fuerzas y sin esperanzas lord Byron, cuyos restos descansan ahora en Westminster. ¡Su corazón fué lo único que quedó en aquella tierra de Grecia, á la que tanto amaba, y que no fué libre sino después de su muerte!

Un ademán violento fué la respuesta que Nicolás Starkos dió á la observación de Skopelo.

La sucesiva se dejó rápidamente del golfo de Patras, dirigiéndose á Cefalonia.

Con aquel viento favorable no necesitaba más que algunas horas para salvar la distancia que separa á Cefalonia de la isla de Zanto. La *Karysta*, que no iba á buscar á Argostoli, su capital, cuyo puerto poco profundo no deja de ser excelente para los buques de poco calado, hizo rumbo hacia los angostos canales que bañan su costa oriental, y ya cerca de las seis y media de la tarde tocaba en la punta de Thiki, la antigua Igea.

Aquella isla, de unas ocho leguas de largo por legua y media de ancho, cubierta de rocas salvajes, rica en aceite y vino, que produce en abundancia, tiene una población de diez mil habitantes. Sin historia propia, ha dejado, no obstante, un nombre célebre en la antigüedad. Fué la patria de Ulyses y de Penélope, cuyos recuerdos se encuentran todavía en las cumbres del Anogi, en las profundidades de las cavernas del monte de San Esteban, en medio de las ruinas del monte Oetos, á bayos de las campiñas de Emma, y al pié de aquella roca de los cuervos, por la cual debieron correr las poéticas aguas de la fuente de Arethis.

Al caer la tarde, la tierra del hijo de Laertes había desaparecido en la oscuridad, á unas quince leguas más allá del último promontorio de Cefalonia. Durante la noche, la *Karysta* fué un poco al largo, á fin de evitar el estrecho paso que separa la punta N. de Iuca de la punta S. de Santa Maria, y costó la parte oriental de la isla.

Con la claridad de la luna hubiérase podido distinguir, aunque vagamente, una especie de acantilado blanquecino que dominaba el mar á una altura de ciento ochenta pies; era el Salto de Leucada, que ilustraron Safo y Artemisa. Pero de aquella isla que también lleva el nombre de Leucada no quedaba rastro alguno al salir el sol, cuando la sucesiva, aproximándose á la costa italiana, se dirigió á todo trapo hacia la isla de Corfu.

Si Nicolás Starkos quería llegar antes del oscurecer á las aguas de la capital de la isla, era preciso que su buque anduviese unas veinte leguas.

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

En fin, el capitán Cook, verdadero tipo del navegante moderno, llevó á cabo tres viajes, que duraron diez años; descubre una enorme cantidad de islas é islotes, sigue toda la costa oriental de la Australia, á la que da el nombre de Nueva Gales del Sur; llega por fin á las islas Sandwich, en donde termina gloriosamente su vida el 13 de Febrero de 1779.

Mencionemos tambien al navegante frances, no ménos ilustre y no ménos desgraciado que el célebre capitán inglés.

Nos referimos á La Perouse.

En 1791 la Asamblea Nacional envió á O'Entrecasteaux en busca de La Perouse. Siguió la costa occidental de la Nueva Guínea, tocó en las islas Salomon, atravesó el canal de San Jorge, visitó una parte de la Nueva Guínea y murió en alta mar el 20 de Julio de 1793.

Con las expediciones de Dixon, Portlock y Wilson terminan los descubrimientos marítimos del siglo XVIII.

El siglo XIX lo inauguró brillantemente el francés Baudin, que visitó casi la mitad de la Australia, y el ruso Krusenstern, que trazó el camino de los mares boreales y el Océano ecuatorial á su teniente Kotzebó.

Este último descubrió, en 1815, la cordillera de las islas Radaek.

En fin, Dumont d'Urville viene á hacer casi el solo el resumen de todos los esfuerzos hechos hasta entónces por los franceses en Oceanía.

Lástima que no pueda hacer aquí un relato extenso de la vida de aquel ilustre sabio, que despues de haber desahado mil veces la muerte, falleció, á los cincuenta y dos años, en la horrenda catástrofe del ferro-carril de Versalles, el 7 de Mayo de 1842.

Dumont d'Urville, á la edad de treinta y dos años, salió de Tolon el 11 de Agosto de 1822, á bordo de la *Coquille*.

En el espacio de treinta y dos meses atravesó siete veces el Ecuador, recorriendo veinticinco mil leguas sin perder ningun hombre y sin tener la menor avería.

Descubrió las islas de Clermont-Tonnere, Lóstanges, Duperrey, etc.

Volvió á Francia en Abril de 1825, volviendo á salir en Abril de 1826 con objeto de explorar la Polinesia y descubrir los restos del desgraciado La Perouse.

Dobló el Cabo, pasó entre las Islas de San Pablo y de Amsterdam, atravesó el estrecho de Baes, descubrió las Nuevas Hébridas, tocó en Amboine y en Hobbart-Town, en donde supo que el inglés Dillon

había encontrado en la isla Vanícoro los restos del desgraciado La Perouse. Se dirigió allí sin tardanza, encontrando los restos de los barcos del *Astrolabe* y la *Boussole*. Despues de haber levantado un monumento á la memoria del desgraciado navegante, se decidió á volver á Francia.

Todavía en diferentes viajes llevó á cabo importantes descubrimientos, muriendo al fin de la manera terrible que ya hemos referido.

Ahora que el lector ha querido escuchar este indispensable aunque corto relato, volvamos á nuestros héroes. Friquet y Pierre le Gall, escondidos en la oscuridad, quedaron un momento aterrados ante el espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Friquet, obedeciendo á un sentimiento más bien irreflexivo que prudente, quiso lanzarse, sable en mano, en medio de aquellos salvajes.

Pierre le detuvo con vigoroso mano.

— Calma, nativácoro; nos van á destrozar inútilmente.

— Déjame, Pierre; déjame que mate una docena de esos pillos.

— ¿Y luego?

— Luego, que suceda lo que Dios quiera.

— Supongamos que entre los dos pusieramos fuera de combate veinte negros; quedarían todavía más de quinientos. Por última vez, calma. Nunca te he visto así.

— Es que, cróme, no hay nada en el mundo que me ponga fuera de mí como las infames costumbres de esos pillos. Cuando pienso que tienen de todo, frutos exquisitos, caza, pesca, y que necesitan saciar su apetito con carne humana, vamos, no puedo tolerarlo con paciencia.

— Si tuviéramos la ametralladora que había en la chalupa de vapor, ya hubiera hecho una descarga sobre esos salvajes.

— Y hubiera sido justo. Y es de notar que los más inteligentes son los que se dedican á la antropofagia. No puedo, pues, excusarles la ignorancia. Quisiera saber qué daño han podido causarles esos pobres náufragos.

— ¡ Ah, asesinos! — gruñó el viejo marino. — La devastación es completa; ni un solo chino ha quedado con vida. ¿ De qué serviría nuestra intervención?

— Debería, sin embargo, dárselos una lección.

— ¡ Ah!

— ¿ Qué te pasa?

— Mira. Todavía hay uno vivo allí abajo. ¡ Van á matarle.

— Eso es que no. ¡ Alto ahí, antropófagos!

Un grupo de cuatro ó cinco papas se agitaba á unos cincuenta metros. Uno de ellos tenía cogido por el pelo á un chino, que daba lastimeros gritos.

Por último, el emigrante cayó al suelo y el cañibal se dispuso á llevarle con los cadáveres de sus compañeros. El parisiense se escondió detrás de un árbol, apuntó con su fusil, salió el tiro, y el salvaje que arrastraba al chino cayó instantáneamente con el cráneo destrozado.

Sus compañeros se pararon aterrorizados.

El chino se levantó y empezó á correr con la agilidad de un antilope.

— Uno ménos — dijo Friquet, mientras cargaba de nuevo su fusil.

Vueltos de su estupor, los salvajes iban á lanzarse en persecucion del chino, cuando sonó otro tiro.

— Y van dos — añadió Pierre le Gall, viendo caer otro de los enemigos.

El chino, salvado gracias á aquel socorro inesperado, reconoció por el resplandor el sitio en donde se hallaban sus defensores, y hácia ellos se dirigió. Al mismo tiempo otros dos salvajes caían víctimas de otros tantos tiros.

Al fin, rendido de fatiga, vino á chocar contra Pierre.

— Si comprendes al francés — dijo el marino, no te muevas, no digas nada, déjanos obrar.

El chino permaneció inmóvil. Un silencio hígubre, lleno de terror, llenaba el espacio.

Los cañibales, ignorando sin duda el uso de las armas de fuego, estaban consternados. Aquella muerte misteriosa les inspiraba una espantosa supersticion.

— Vamos, la última salva, para terminar la derrota.

— Vamos.

— ¡Fuego!

Cuatro tiros sonaron en pocos instantes y los salvajes huyeron precipitadamente y desaparecieron en los teneblos.

— Ahora — interrumpió Pierre — vámonos. Tratemos de ganar la costa. Aquí ya no tenemos nada que hacer. No podemos resucitar á esos infelices chinos. Ya es algo que hayamos podido salvar uno.

El chino tan milagrosamente salvado se levantó, y colocándose entre sus dos salvadores,

— Gracias, señor, gracias — dijo, con voz entrecortada todavía por la carrera que había dado.

— ¿Qué dices?

— Digo gracias. Usted salvarme la vida. Yo hablar francés.

— ¡Ah! vámonos, comprendé; nos das las gracias.

— Sí, señor.

— Hemos llegado á tiempo, pero es una lástima no haber llegado antes; hubiéramos salvado á todos esos desgraciados.

— Sí, señor. Ser buenos. Todos los chinos muertos. Yo pequeño, jóven, solo.

— ¡Cómo solo! Estás con nosotros. Te vienes con nosotros. Compartirémos nuestra suerte. Nosotros somos el equipaje, tú serás el grumete y te tratarémos como á nuestro hijo.

— Yo era grumete en el barco perdido.

— ¡Eras el grumete en el barco! ¿Eras quizá tú el que nos daba la sopa.... el que me diste tabaco?

— Sí, señor, y el enchillo.

— ¡Cómo! ¿eres tú? Permítame que te abraze.

Mientras tenía lugar este reconocimiento, los tres naufragos habían llegado á la costa, pero dirigiéndose sin saberlo hácia el Sur.

Friquet fué el primero que se apercebó de aquel error.

Delante de ellos se encontraron, no su primitiva é incómoda balsa, sino una embarcacion indígena perfectamente aparejada; sin duda había sido abandonada por su dueño cuando el naufragio del *Lao-Tseu*.

Sin el menor escrúpulo Pierre y Friquet tomaron posesion de la embarcacion, y esperaron al nuevo día para dirigirse á la balsa.

CAPÍTULO VI.

Historia del chibeto que no podía pronunciar la r. — Friquet en camino de convertirse en el otro Gbagoue. — La jana del Tallon. — El capitán Pierre le Gall y su tripulacion. — Viaje en torno de la tierra desconocida. — La flois y la fauna del arrecife de coral. — Una langosta ensayó subir un coco. — Visita á los restos del *Lao-Tseu*. — Hallazgo impreciable. — Dos sorpresas en vez de una. — Los fuegos artificiales de Pierre le Gall. — Los naufragos en la isla Woodstock. — Plan de campaña. — Bloqueo por mar y tierra.

El resto de la noche transcurrió con desesperante lentitud para los tres naufragos. Ninguno logró dormir, y con razon. Mas no porque Pierre y Friquet, acostumbrados á fatigas de todas clases y á prueba de emociones, encontrasen dificultades para dormir, á pesar de la vecindad de los cañibales: pero sucedía que una legión de enemigos tan ruidosos como invisibles les mantuvo despiertos. Una espesa nube de cínifes rodeaba su fondoadero, y aquellos diminutos monstruos, rechazados por la piel negra y dura de los papas, acudían como fieras y perforaban con sus trompas la blanda epidermis de los blancos, sin perjuicio de cebarse tambien en la del jóven hijo del Celeste Imperio.

El parisiense echaba postes con todo su corazon y enviaba al diablo á los microscópicos vampiros con su trompa llena de veneno corrosivo y con sus alas que producian un zumbido agudo, horripilante. El marinero encendió su pipa y empezó á consumir prodigamente su provision de tabaco, creyendo que con el humo de penetrante olor conseguiría alejar aquel tiránico enjambre de infinitamente pequeños. Trabajo inútil. Los juramentos y las fumigaciones no dieron ningun resultado.

Convencidos de la ineficacia de sus procedimientos, puséronse á hablar en voz baja. El chinito, que no podía pronunciar la r contó su historia. Un drama breve y conmovedor. Su padre, un mandarín poderoso de la provincia Fu-Kiang, que residia en Foo-Chow, se dedicaba sin escrúpulos á la trata de amarillos con aquella desprecocacion que caracteriza á las clases elevadas de China. Todos los medios habituales para obtener emigrantes le eran perfectamente conocidos: enganches valiéndose de emisarios, convoyes de jugadores con destino á Macao, y sobre todo, el rapto de los habitantes de la costa. Este último sistema, que ahorraba gastos considerables, era el que seguía

con predilección. Además, como las funciones judiciales entraban en sus facultades de mando, procesaba á quien bien le parecía, condenándole á una reclusión más ó ménos larga, pero que terminaba siempre en el entrepuente de algun buque destinado al transporte de colles.

En una palabra, aquel mandarín era un hombre muy hábil, según decía el capitán del *Luo-Tsue*, con el cual estaba en íntimas relaciones mercantiles. En su último viaje, y cuando hubo acabado sus negociaciones, buscó el yankee un grumete para su servicio particular. Los chinos tienen generalmente grandes condiciones para ser buenos criados, pero necesitan cierto tiempo de aprendizaje y de educación. El apuro del mercader de carne humana era tanto mayor, cuanto que ninguno de sus «contratados» tenía aptitud para desempeñar inmediatamente aquel oficio. Por otra parte, el capitán tenía mucha prisa: *Times is money!*

Entre los hijos del mandarín habia uno de diez y seis años, á quien educó admirablemente. Aquel tratante en hombres estaba dotado de un corazón paternal. ¡También las flamas manifestaron ternura hacia sus hijos! El niño aprendió un poco de inglés y de francés que le enseñaron los misioneros; sabía escribir, las reglas de la aritmética, y aquellos conocimientos indispensables á los comerciantes de todos los países debían permitir en poco tiempo al Blávin del barcazo auxiliar con provecho al venerable autor de sus días.

Pero el americano arregló las cosas de otro modo. Partiendo del principio «el que puede lo más, puede lo ménos», calculó que el futuro negociante se convertiría fácilmente en un notable criado. Un día le hizo ir á bordo con cualquier pretexto, le encerró en su camarote, y como el cargamento estaba completo, al día siguiente levó anclas.

No hay para qué decir cuál sería la pena de aquel mandarín cruel, y al mismo tiempo padre bondadoso—anomalia muy frecuente—al tener noticia del rapto de su hijo. El pequeño, que no era responsable de los crímenes de su padre y que tenía buen corazón, como ya se ha visto al principio de esta historia, entró en funciones al punto, ó lo que es igual, fué encargado de las faenas más repugnantes, recibiendo en pago bofetadas de todas clases cuando el capitán tenía el *whisky* alegre, y como esto ocurría durante veinticuatro horas diarias, júzguese de la superabundancia que presidiría á la distribución de cachetes.

Ya hemos dicho que el niño tenía buen corazón. El espectáculo de las torturas que sufrían los europeos le conmovió profundamente, y la identidad de sus destinos le hizo más simpáticos á sus ojos. Aquel infeliz, que no tenía nada para él, oyó quejarse al marinero porque le faldaba tabaco, y en seguida, desafiando los castigos más terribles de su verdugo, pudo quitarse alguna cantidad y se la ofreció al prisionero. Y él fué, por último, quien, arriesgándose á todo, arrojó un cuchillo á la hamaca de Pierre le Gall para que pudiese cortar sus ligaduras cuando fuera necesario.

El chinito refirió aquella infame bazaña del yankee

en su jerga, incomprendible á veces, pero con un acento que conmovió á sus nuevos amigos.

—¡Pobre muchacho!—le dijo Friquet enternecido.—Yo te aseguro que no has hecho favores á ingratos. Vamos á proporcionarte una familia hasta que puedas volver á tu casa.

—Y una familia cariñosa—añadió con gravedad Pierre le Gall.

—Es inútil decir eso—replicó el parisiense.—Aquí donde me ves, con mis veintinueve años, tengo ya un niño de diez y siete. Es muy bonito, pero negro como un barril de hrea. Tranquilízate, no se come á sus prójimos. Es un cumplido caballero.

—De la buena casta de marineros—repuso Pierre.

—Seréis como dos hermanos, porque desde hoy te adopto.

—... Te adoptamos.

—Esto marcha perfectamente. Cualquiera diría que mis viajes no han de servir más que para encontrar andrajosos sin familia.... ¡Y estas cosas me pasan á mí, que apénas me acuerdo de mis padres!—murmuró el joven con una expresión indefinible de tristeza.

En seguida recobró su alegría, y con aquella prodigiosa facilidad que le caracterizaba, dijo:

—Voy á ser el tío Gigogne. Á propósito, ¿cómo te llamas?

—¡Cha-Fu-Tseng!

—¿Qué dices?....

—¡Chu-Fu-Tseng!

—Pero, hijo mío, eso no es un nombre, es un estornudo. Oye, escucha, no lo digas por enfadarte, pero bien claramente se ve que tu nombre no ha sido inscrito en el registro civil de la alcaldía de Batignolles. Creo que nunca podremos acostumbrarnos á esa pronunciación extravagante, y cuando te llamo va á parecerme que tengo una docena de mosquitos dentro de las narices. ¿Quieres que te dé un nombre francés? Cuando vuelvas al seno de tu familia podrás recobrar el tuyo.

—Sí—dijo el chino.

—Pues bien. Ya que te prestas voluntariamente, vamos á llamarte Victor. Ese es un nombre y vale tanto como cualquier otro, ¿no es verdad?

—¡Sí, eso es, Victor!...

—¡Ah! ¡Caramba! Tu lengua no puede pronunciar la *r* según voy viendo, y vas á desollarte la garganta. No importa. Peor sería que te desollaran los papas. ¡Hola! Sospecho que nos olvidamos un poco de esos malditos pongos, como tú los llamas, marinero.

—Yo no experimento la necesidad de pensar en ellos.

—Y yo tampoco; pero nuestro moralbete podría decirnos la causa de haber sido asesinados todos sus compañeros.

Aquel relato doloroso fué hecho con un laconismo que causaba horror. Los colles, después de haber saqueado el buque, abandonaron su casco medio abierto ántes de que los dos franceses hubieran podido salir de su escondite. Con ayuda de unos cables lograron establecer comunicacion con la costa y luégo desem-

barcaron algunas provisiones. Por desgracia había á bordo varios barriles de *wisky*, con cuyo contenido se embriagaron sin pensar que en este arrecife podría haber habitantes. Cuando la embriaguez llegó á su colmo, los papus, que estaban ocultos entre las mareas, llegaron á paso de lobo, apoderándose, sin dar

un golpe, del grueso de la cuadrilla. Algunos ménos vencidos por el alcohol quisieron resistir; pero su tentativa no sirvió más que para ser más pronto degollados. Victor, en adelante le llamaremos así, que se había escondido entre las raíces de un cedro colosal, asistió con espanto á tan repugnante carnicería.



El joven Victor fué vestido con una camisa y un pantalón.

Vió á los papus saturarse con la sangre de sus compatriotas después de haber sido colgados por el cabello de las ramas de los árboles, y le hubieran cogido si no fuera por la intervencion de Pierre y de Friquet.

Cuando acabó su relacion empezaba á rayar el alba. Pocos minutos después aparecería el sol por encima de las olas. Era necesario tomar pronto un partido.

—¿Y ahora, á dónde vamos?— preguntó Friquet.
—¡Diablo!— dijo al ver los hombros del chino descubiertos é hinchados por las picaduras de los mariguines — ¡estás casi desnudo, muchacho!

— Los negros ¡ah! alancado misola, alancado pataló.

— ¡Ah! Los negros te han quitado la camisa y el pantalón.... ¡Bribones! Todavía puedes consolarte porque no te han arrancado la piel. Ahora que me acuerdo, allí debe de haber algunos desechos. Vamos á vestirse de marinero. Estarás muy bien, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¡Ea pues, á la balsa! Oye, Pierre, ¿no te parece que esta piragua, para ser una embarcacion de salvajes, está muy bien hecha y aparejada?

—Eso mismo pensaba decirte. Pero observa que no es una, sino dos péaguas. La que nos conduce constituye el barco propiamente dicho, y esta otra más pequeña que con ella va unida, sirve de contrapeso, la da estabilidad é impide que zozobre. Este pequeño mástil, con su botavara de esterilla fina y estas cuerdas de fibra de cocotero, me parecen muy bien dispuestas. Todo esto podrá servir pronto. Aborre, ¡arriba todo el mundo! ¡Cada uno en su puesto! Vamos á aparejar.

—Capitan—dijo Fricquet—la maniobra no será complicada.

—Afortunadamente, porque la tripulación tampoco es muy numerosa. Ya, en marcha.

Pierre le Gall, á pesar de su alta categoría de capitan, tomó un pagay; Fricquet le imitó, y la piragua, impulsada vigorosamente, navegó con una facilidad que honraba de igual modo á sus cualidades náuticas y á la habilidad de los dos europeos. Pierre creyó conveniente no ertoplar la vela, por temor á las miradas indiscretas de los papus. Oculitaronse detras del último reborde del arrecife costéandole sin obstáculos, y llegaron á la balsa cuya presencia no habían sospechado los indigenas.

El trasbordo del cargamento no fué difícil ni largo. El bagaje de los náufragos no era, por desgracia, pesado ni abrumador, y la piragua hubiera podido llevar diez veces más de lo que tenian. El jóven Victor fué vestido con una camisa y un pantalon, y en seguida tomó el aspecto, como Fricquet había dicho, de un marinero á de verdad a. El chiníto estaba loco de alegría.

—¿Qué vamos á hacer?—preguntó Fricquet cuando terminaron las operaciones de estivar.—No podemos ni debemos eternizarnos aquí con semejantes vecinos. No estaríamos tranquilos ni dos horas, y ademá, en vista de las circunstancias, no hay que esperar en que lleguemos á un acuerdo. ¿Qué te parece, Pierre?

—Como siempre, hijo mio. Tú debes tener una idea. Dame cuenta de ella, en seguida te comunicaré yo la mia, y luego adaptaremos una determinacion que ajuste nuestros dos proyectos como una escota que se ha robó.

—Está bien. Una de dos: ó esto es una isla pequeña, ó nos encontramos en un vasto continente.

—Estoy conforme.

—En el primer caso es preciso escapar cuanto antes y ponernos en busca de otro refugio. En las regiones en que estamos no faltan islas. Si, por el contrario, esta tierra es de bastante extension, debemos huir de este lugar, halatado por salvajes hambrientos de carne humana, y poner entre ellos y nosotros la mayor distancia posible.

—Muy bien dicho, marinero. ¿Y despues?...

—Considero urgente el verificar ahora mismo un reconocimiento al rededor del arrecife, con objeto de tener idea de sus dimensiones. Ahí tenemos provisiones para ocho días, y el agua abunda en los arroyos. Esta exploracion se ejecutará, así lo creo, sin peligros y sin fatigas. Si los isleños quieren impedirnos el paso, trataremos de propinarles algunos de los ar-

gumentos que durante la noche han sido tan eficaces. Hé aquí mi opinión. Cuando se haya realizado la primera parte del programa, hablaremos.

—Todo eso me conviene, marinero. Vamos á poner en práctica tu plan sin perder tiempo. Tomaremos un bocado de cualquier cosa, y luego á bogar.

En cuanto hicieron un frugal desayuno con verdadero apetito de náufragos, comenzó el viaje de circumnavegacion. La piragua fué rozando como ántes los contornos del arrecife, y tomó el rumbo del Este. Tales eran, ya lo hemos dicho, la perfeccion de sus cualidades náuticas y la destreza de los remeros, que avanzaba con una rapidez inconcebible. El primer día transcurrió sin ningun incidente y sin que los papus dicieran señales de vida. El único obstáculo serio era el calor infernal que calcinaba literalmente á los europeos, á pesar de que estaban habituados á las caricias del sol tropical. Ademá, la reverberacion de sus rayos sobre las arrecifes calentadas al rojo blanco, producía en sus ojos una impresion muy dolorosa.

Por fortuna, podia sin vista descansar durante la mayor parte del tiempo en la espesa cortina de vegetacion que se extendia como una pantalla delante del horizonte, y de la cual brotaban los incomparables frutos de la flora oceánica.

Fricquet, más crecido que Pierre en botánica colonial, podia conocer, al pasar, algunos de aquellos vegetales prodigiosos, en su mayor parte útiles al hombre, y siempre admirablemente bellos. Árboles del pan, bananos, cocoteros, cedros, encalyptus, plátanos, elasticados por Pedro, con tanta prosa como buen sentido, en especies comestibles y no comestibles. Gigantescas gramíneas, helechos arbóreos entrelazados por los bejucos con sus desmbrantes flores, y allí, entre las cañas de azúcar salvajes, vivian libremente centenares de pájaros parladores, de tornasolado plumaje, que se posaban como nubes de mariposas sobre las odoríferas corolas.

Flora y fauna muy poco variadas, pero la hermosura de los tipos representados, sobre todo en el reino vegetal, compensaba ampliamente la monotonia del aspecto. Pero es injusto el aplicar el calificativo de monótono á un espectáculo tan uniformemente admirable.

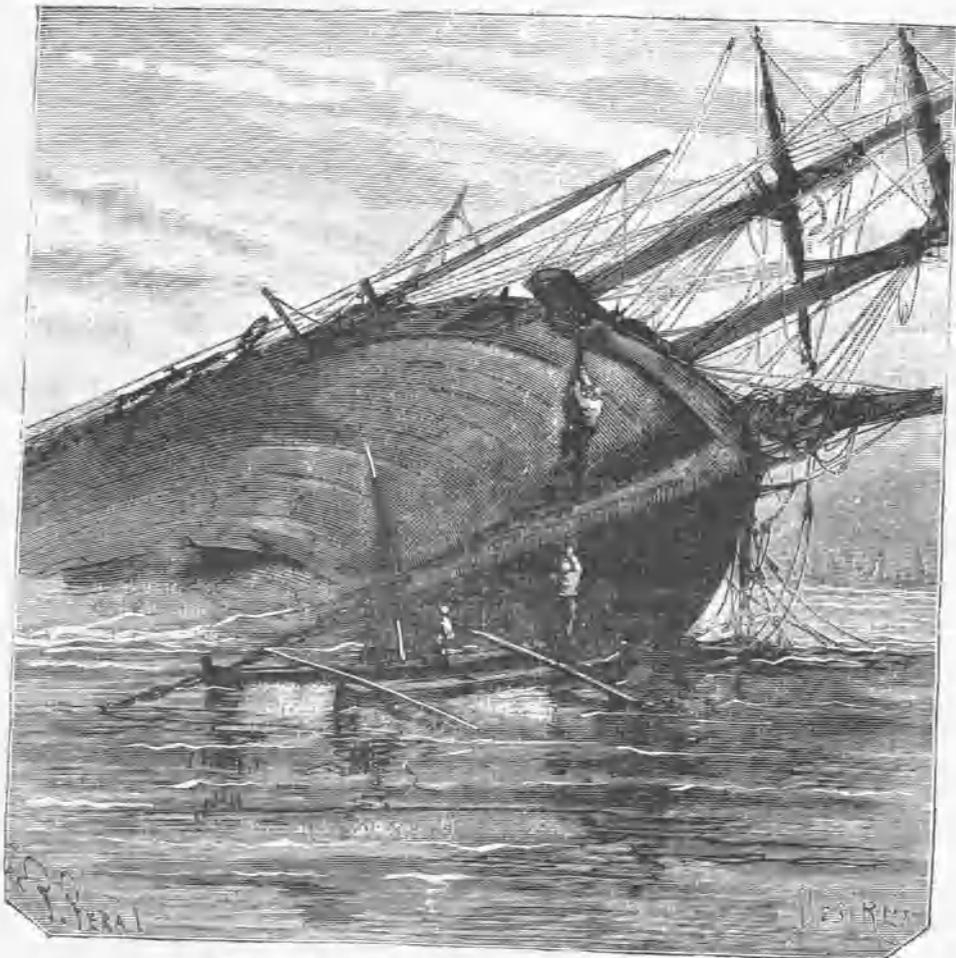
De vez en cuando caía un ceco, produciendo ruido sordo en el suelo, y Fricquet podia demostrar *de visu* á su amigo el hecho, de tanto tiempo atras controvertido, de que las langostas abren fácilmente la cubierta, dura como el hierro, que encierra la almendra tan apetecida por el crustáceo como la miel por los osos. Parece imposible, en efecto, que la langosta, por fuertes que sean sus pinzas, pueda romper la corteza fibrosa y el casco que está debajo. Pero tal es la destreza de la langosta, y tal su instinto, que sabe cortar, fibra por fibra, el tejido exterior, y no en un punto cualquiera del ceco, sino siempre en el extremo donde están los hoyuelos. Cuando ha concluido este trabajo preparatorio, introduce la punta de una de sus gruesas pinzas en uno de los hoyuelos; si no le consigne de pronto, sabe golpear en el mismo sitio y con mucha destreza hasta que desprende un

trocito, y entonces ya está casi concluida la tarea. Se sirve de las pinzas pequeñas, gira sobre sí misma como una barrena, y la cubierta, agujerada ni más ni menos que por un instrumento de hierro, deja salir al punto el contenido, que el goloso animal saborea con un placer indefinible.

Aquellas langostas, como la que les sirvió para la

primera comida, y cuyas sobras formaron el plato fuerte de la segunda, eran, según hemos indicado, gigantescas. Friquet cogió algunas por lo que pudiera suceder, y las colocó en el fondo de la piragua, después de tomar la precaución de desarmarlas, es decir, de quitarlas sus tenazas formidables.

El viaje, interrumpido por la noche, prosiguió al



Se sirvieron de la cadena rota para escalar el casco del *Lao-Tseu*.

amanecer. Ya se podía comprender que las dimensiones de la isla no eran considerables, pues los naufragos vieron, por la posición del sol, que habían recorrido un semicírculo en doce horas. Su certidumbre fué completa cuando al mediodía se encontraron de repente delante del casco abandonado del *Lao-Tseu*. Era un milagro que aquel armazón hubiera podido sostenerse hasta entonces. Algunas piraguas daban vueltas á su alrededor con actitudes cobardes y al mismo tiempo codiciosas, parecidas á las de las aves de rapaña que desean y temen á la vez una presa

cuya masa las inquieta. El buque mostraba todavía su bauprés y su popa sobre el arrecife, que, y esto sucede en casi todas las islas oceánicas, se eleva como una barrera entre la mar y la tierra, á la que parece defender.

Los europeos no podían hacer otra cosa sino marcharse.

—¿Tendremos que pelear?— preguntó Friquet preparando las armas.

(Se continuará.)

LA VIUDA,

NOVELA DE OCTAVIO FEUILLET, DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCCION DE ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Hay cosas verdaderamente que no se pueden dejar pasar sin una protesta, por lo ménos, silenciosa. Madame de La Pave se vuelve á casar; ella es libre. Pero Roberto le ha dicho por boca mía que si esto sucediera, ella vería su espectro, ¿Pues bien, ese espectro seré yo! Es el último deber que tengo que cumpliré hacia mi amigo, y lo cumpliré. Yo le impediré, pues, mi presencia y nada más. No temáis ni ruido ni escándalos; ¡yo no estoy loco, y soy orgulloso, ya lo sabéis bien!.... ¡Tened en mí confianza!

Mauricio vió que su madre conjugaba una lágrima sin responder:

— Madre querida — replicó tiernamente: — ¿qué queréis que yo diga ó haga para tranquilizaros? ¿Queréis que os prometa no ir á casa de Mme. de La Pave sin que me acompañéis? ¿Estaréis de ese modo más tranquila?

— Un poco — murmuró la anciana gimoteando.

— Pues bien, yo os lo prometo.

Cosa extraña; Mme. de Fremeuse, dos ó tres días después, obligó á su hijo á hacer una visita al castillo.

Puesto que ella no podría impedir el encuentro, le parecía que se vería ménos atormentada, rompiendo el hielo, y que las nuevas relaciones entre Mauricio y Mme. de La Pave tomarían, merced á su presencia, un giro natural y regular. Había llegado á su noticia, por los murmulos de la vecindad, que el futuro de Mariana, Gerardo de Combalen, había partido para pasar dos ó tres días en París, y era fácil que la primera entrevista se verificase en su ausencia.

La madre y el hijo se presentaron, pues, á las doce del día en casa de Mme. de La Pave. Fueron muy francamente recibidos por Mme. de Combalen, quien desde que supo la llegada repentina de Mauricio ejercía en las cercanías del castillo una vigilancia militar. Se excusó de no poder dar aviso á su sobrina; era inútil; su sobrina sufría mucho y guardaba cama.

— Mi hijo está ausente — añadió; — es la primera vez que se separan desde que son prometidos, y comprenderéis que el corazón de la pobre niña se encontrará dolorido. Ha pasado toda la mañana llorando.

En el momento que pronunciaba estas palabras con acento penetrante, se abrió la puerta, y Mme. de La Pave entró, no de la manera que la había representado su tía, con las facciones descompuestas y aspecto lánguido, sino radiante, adornada, triunfante, y hasta alegre, áun cuando la alegría no fuese habitualmente el carácter distintivo de su belleza.

— ¡Ah! ¡qué sorpresa tan agradable — exclamó Mme. de La Pave tendiendo sus dos manos, una á Mauricio y otra á su madre.

Esta acogida, este lenguaje estaban muy léjos de corresponder á las previsiones de M. de Fremeuse, su presencia, en vez de producir sobre la jóven viuda, como él se había lisonjeado, el efecto de una cabeza de Medusa, parecía causarle un verdadero placer, y era él, por el contrario, el que se sentía casi petrificado; su madre no lo estaba ménos. Mme. de La Pave parecía gozar á su manera, discretamente irónica, del estupor de sus huéspedes, y al mismo tiempo de la cara descontentada de su tía. Su bello humor se redobló, é hizo casi sola el gasto de la conversacion con una facilidad y un gozo, tanto más extraordinarios, cuanto que no revelaban la más ligera sombra de afectación.

Cuando vió á Mauricio próximo á retirarse:

— ¡Y bien, comandante — le dijo riendo; — ¿y aquel paseo á caballo.... que me debéis hace un año?

— Señora — dijo Mauricio, despues de una pausa de admiracion y de incertidumbre: — cuando vos queráis.

— Si — repuso la viuda riendo más fuerte — ¡siempre me decís lo mismo; cuando vos queráis!.... ¡Y despues, cuando yo quiero.... os ausgatais!

— Repetid la peticion — dijo el jóven.

— Confesad que soy muy buena.... Pues bien, otra vez, ¡mañana á las diez!

Mientras que M. de Fremeuse y su madre se encaminaban hacia el Priorato, comunicándose sus impresiones respecto á la actitud singular de Mariana, Mme. de Combalen preguntaba á su sobrina con un tono agradable, si juzgaba bastante oportuno, en vísperas de su casamiento, este paseo á caballo al lado de un extraño.

— En primer lugar — replicó Mme. de La Pave — el comandante no es para mí un extraño; en segundo lugar, no irémos juntos y solos, pues nos acompañará Francisco; en fin, yo no soy ninguna niña, sino una viuda, y en esta calidad creo poder pasearme hasta nueva orden con quien se me antoje.

— Pero ¿no temes, hija mia, incomodar un poco á Gerardo?

— ¡No! — dijo Mme. de La Pave — y se ausentó.

VII.

— En suma — terminó Mauricio resumiendo su conversacion con su madre — mi error ha sido escuchar á esta mujer gravemente. Yo la juzgué muy culpable, porque supuse en ella cierta profundidad de sentimientos, cierta consistencia moral; en una palabra,

la creí responsable, y es evidente que no lo es. Su actitud en presencia mía nos lo acaba de probar; ella no tiene el sentimiento de lo que ha hecho. Es una niña, una inconsciente..... En lugar de enfadarse por su conducta, es menester reírse de lo que ejecuta.

Madame de Fremense no estaba tal vez tan con-

vencida como su hijo de la inconveniencia de su bella vecina. Sin embargo, las cosas tomaban después de todo un sesgo tranquilizador; la situación se despejaba, y la anciana señora pudo volver á encontrar á la noche siguiente el sueño que había casi perdido desde la brusca llegada de su hijo; por lo tanto le vió



¡Buenos días, caballero!

partir á la mañana siguiente para acudir á su cita, sin recelar nada desagradable.

Algunos minutos ántes de las diez el comandante entraba en el patio del castillo de La Pave, donde dos caballos detenidos por la mano de un viejo picador, piaban tascando el freno. Casi al mismo tiempo la joven castellana, severamente ajustada y modelada en su traje de amazona, descendía las gradas de la terraza, dejando que ondnlase su larga cola; saludó ligeramente con la fusta:

— ¡Buenos días, caballero! — dijo alegremente, y se colocó sobre la silla.

Empendieron su marcha por la avenida, seguidos á cierta distancia por el viejo criado, y bien pronto se encontraron perdidos en los laberintos de los risueños campos normandos, pasando de los estrechos senderos sombreados á los anchos caminos claros y blancos.

Á pesar de la extremada ligereza de sentimientos que Mauricio atribuía, no sin apariencia, á la joven

vinda, creyó, no obstante, enteramente imposible que en el primer instante de hallarse juntos, no hiciese por lo ménos alguna alusión al secreto que existía entre los dos, y que no meditase alguna vaga apología de su casamiento. Mauricio se encontraba preparado para responderle sobre este punto con un respeto glacial, y con la indiferencia que ella misma aparentaba; en fin, á tratarla como á una niña.

Pero esta niña no se apresuraba á hablar sobre un asunto tan naturalmente indicado por las circunstancias: la vinda no daba señales, por otra parte, de hallarse preocupada. Aspiraba gozosamente los perfumes del campo y de la primavera; cortaba con la punta de su fusta, á lo largo de los setos, los frescos retoños de los helechos; decía palabras tiernas á su caballo, y dejaba traslucir, finalmente, todos los signos de la más pura satisfacción interior. Esta niña era una mujer, una mujer profundamente consciente de lo que había hecho, de lo que hacía y de lo que quería. Se había empeñado en una empresa atrevida: había obtenido el primer triunfo; se sentía lanzada de lleno en la pasión, en la aventura, en el peligro, en lo desconocido, y todo lo que había en ella de femenino palpataba de placer.

En medio de un periodo de galope que había sostenido alegremente, se detuvo de pronto.

—¿Qué hay?—dijo Mauricio.

—¡Oh, nada!—respondió la vinda.—Un aturdimiento, un olvido. ¿Queréis llamar á Francisco?

Mauricio hizo una señal al criado, que se aproximó.

—Francisco—dijo la jóven—es necesario que vuelvas.... he dejado olvidadas dos cartas sobre el escritorio de mi salón.... y es menester que salgan hoy por el correo de las doce.... Vè pronto, y vuelve á reunirse á nosotros en el conejal.

En tanto que el criado se alejaba al gran trote, madame de La Pave volvió á emprender su marcha al lado del comandante, y después de algunos minutos de silencio, mirándole bruscamente:

—¿Me queréis mucho?—preguntó la vinda.

El tono era breve, serio y altanero, Mauricio comprendió al instante que la había juzgado mal, y que tenía que habérsela con una persona muy dueña de sí misma y de sus actos.

—Sí, señora—dijo gravemente—¡mucho!

—Sé que he hecho mal—repuso la vinda;—muy mal.... Pero vos solamente tenéis la culpa.

—¡Yo!

—Sí.... ¡vos! ¿Por qué me abandonasteis?.... Si fuisteis verdaderamente llamado por vuestro servicio, si os visteis obligado á partir, que yo lo dudo, ¿no pudisteis al ménos, no debisteis escribirme, darme un signo de vida, de interés, de afecto?.... Condenada á vivir sin amor, ¿creéis que yo pueda vivir igualmente sin amistad?.... Pues bien, en mi situación, yo no tenía, no podía tener más que un amigo seguro.... vos lo sabéis.... os lo había dicho.... La amistad de un hombre como vos podía tal vez consolarme de mi destino adverso, ó por lo ménos, así lo soñé.... y vos le rompéis brutalmente.... os escapáis, me abandonáis, me dais este pesar.... me hacéis esta

injuria, y queréis que no me resentía!.... ¡Me tomáis sin duda por una de las estatuas de mi jardín!.... ¡Dios mío! Mauricio, vald á encontrarme muy franca.... pero, si yo me caso, es por vengarme de vos, de vuestro abandono, de vuestro desprecio, de vuestra dureza.... por heriros y afligiros á mi vez, si puedo.

—En esto, señora—dijo el jóven comandante con emoción—haleis triunfado en un todo; pues un afligir profundamente. En cuanto á los errores de que me reconvenís, y que son efectivos, os lo voy á explicar con la absoluta franqueza de que vos me habeis dado ejemplo: Yo temí simplemente que el papel de amigo y de confidente no fuera demasiado delicado y demasiado peligroso cerca de una mujer tan encantadora como vos.

—¿Es necesario salvar? lo supongo—dijo madame de La Pave doblándose sobre el cuello de su caballo.

Y después de una pausa:

—Y ¡bien! entónces....—prosiguió la vinda con su tono irónico—¿esto va á comenzar de nuevo? ¿Vale á partir?

—Como os caseis—dijo Mauricio—esto viene á ser inútil.

—¡Ah!—exclamó la jóven—¡es muy justo!

Dió algunos pasos con aire pensativo; su cuerpo flexible seguía con abandono los movimientos de su caballo; luégo, de repente, mirando á Mauricio:

—¿Y si yo no me case? preguntó.... ¿qué?

Antes que el jóven oficial pudiese responder á esta singular y embarazosa pregunta, la conversacion fué turbada por la aparición súbita á un lado del camino de un jinete que se adelantaba hácia ellos á corto galope.

—¡Gerardo!—exclamó la jóven.

Después añadió tranquilamente:

—¡Es una sorpresa! No le esperaba hasta esta tarde.... habrá tomado el tren de las doce de la noche.... ¡Amable impaciencia!.... Señor de Fremouse, yo os pido que seáis amable con él, muy amable.

Mauricio se inclinó.

Gerardo de Combalen era un guapo mozo, elegante y robusto, aunque embotado ya por sus costumbres de viviente nocturno. Sus ficciones, un poco abultadas y adornadas, no carecían de cierta belleza vulgar. Era en lo moral un libertino de buen género, un D. Juan de bastidores y cafés, de un espíritu jovial, grosero y rutinario; por lo demás, no tenía una estocada, y era suficientemente hombre de honor, según los hábitos del mundo bullicioso.

Madame de La Pave se adelantó hácia Gerardo trotando, y tendiéndole la mano:

—¡Bien venido, primo!—le dijo; luégo, volviéndose un poco sobre la silla:

—M. de Fremouse, mi primo de Combalen.... Gerardo, el comandante de Fremouse, ¡el amigo de M. de La Pave!

Después de esta presentación, los dos hombres se saludaron con una cortesía un poco fría; pues si había un sér en el mundo á quien el comandante hubiese con gusto acariciado con la punta de su látigo, era al futuro de Mue. de La Pave; y, por otra parte,

por buen muchacho que fuese Gerardo de Combalen, no podía serle muy agradable encontrar á su prometida paseándose en el campo con un jóven oficial de un aspecto tan notablemente distinguido. Pero al extremo en que habían llegado las cosas con su prima, Gerardo se consideraba ya como casado, y no podía dar á este incidente una importancia grave. La ligera nube que había cargado su frente al principio del encuentro se disipó á las primeras palabras de política, que el comandante creyó deber dirigirla, para obedecer las órdenes de Mme. de La Pavé. Llegaron apaciblemente al castillo, conversando sobre asuntos ligeros con un tono de buena armonía.

En el momento en que Mme. de La Pavé se apeaba con el auxilio de su primo, preguntó á Mauricio si quería quedarse á almorzar. Mauricio se excusó discretamente; la viuda no insistió, y el jóven comandante volvió á tomar solitario el camino del Priorato. Se contentó con decir á su madre que él paseó, al cual había venido á reunirse M. de Combalen, había sido perfectamente tranquilo é insignificante, que ella podía ahora dormir en paz.

VIII.

Durante el resto del día, Mme. de La Pavé basó su soledad. Se encerró en su aposento; luego se pasó mucho tiempo bajo sus carpinos. ¿Qué podía meditar? ¿En qué pensaba esta jóven? ¿Qué ocultaba la profundidad de su alma? ¿Era posible que su casamiento con su primo, después de haberle servido de medio para alcanzar algún fin secreto, le pareciese ahora inútil é importuno? ¿Era posible que abrigase el pensamiento de romper? Pero este casamiento, según todos los usos, podía considerarse como efectuado; debía verificarse á las seis semanas; se había llegado á las últimas disposiciones; todas las cuestiones de interés estaban perfectamente arregladas, y hasta se había fijado el día de las ceremonias. En semejantes condiciones, ¿cómo romper? ¿Bajo qué pretexto razonable y honrado? ¿Cómo romper sin escándalo, sin descubrir errores aparentes, sin herir la opinión, sin salir del buen gusto y de las consideraciones del mundo?

Si Mme. de La Pavé se propuso, en efecto, resolver este problema, la solución le pareció verdaderamente más difícil, y dió señales de renunciar á ella. Se la vió en los días siguientes manifestarse con su futuro más atenta y más complaciente que lo había estado hasta entónces. Se propuso engañarle amistosamente á propósito de su reputación de galantería y de sus malos conocimientos. Por la tarde, en la mesa, notando que Mme. de Combalen, según su costumbre, vigilaba á Gerardo en sus libaciones y le lanzaba miradas terribles cuando parecía hacer demasiado honor á los excelentes vinos de su bodega,

—¡Dios mío! ¡querida tia—dijo—no atormentéis á Gerardo, y dejad al pobre muchachó saciar su sed!... Me encanta que tenga tan buen estómago y una cabeza tan sólida. Nada hay más desagradable que un hombre afeminado... Ved á nuestros antepasados... bebian, y no dejaban de ser por eso perso-

najes muy distinguidos.... Mirad, yo he leído días atrás las Memorias de Bassompierre. Pues bien; ciertamente Bassompierre era un hermoso tipo de caballeros.... y ved cómo ponía en jaque á los más grandes bebedores de Alemania.... Se encuentran también estos encantadores y valientes caballeros en tiempo de los Stuarts. Todos estos hombres bebían con el mismo arrojo que se batían.... En mi opinión, se tienen hoy, respecto á esta costumbre, delicadezas excesivas, que atestiguan sencillamente un decaimiento de facultades. Así, mi querido primo, no bebás para embriagarte, esto me causaría pena; pero bebe á tu placer y me darás gusto.

—Bien, prima mía—dijo Gerardo, profundamente conmovido;—esto es magnífico! ¡no puede serlo más! No abusaré del permiso, te lo aseguro; pero soy sensible. Por otra parte, soy de tu mismo parecer acerca de lo que has dicho sobre Bassompierre.... que era un hombre gallardo como se ven pocos.... y vació á tu salud, desde el fondo de mi corazón, esta copa de tu pasto delicioso.

Más acostumbrado Gerardo de Combalen á las malas compañías que á las buenas, no había podido estar muy á su gusto con su prima, cuyas gracias decentes y superior distinción le imponían. Pero algunas atenciones de este género le dieron más confianza. Perdió un poco la cortedad, de la cual le costaba trabajo desprenderse en su compañía. Á pesar de sus gustos un tanto groseros, estaba lejos de ser indiferente á la bella figura y demás atractivos de la jóven viuda; estaba, á su manera, violentamente enamorado; pero su temor, que espontáneamente transmitía bebiendo á varios amigos de su predilección, su temor estribaba en que su prometida fuese una gazmoña, y que el diablo me lleve, añadia, si yo sé cómo se las puede gobernar un hombre con este linaje de mujeres!

Se hubiese verdaderamente creído que Mme. de La Pavé estaba en el secreto respecto á las aprehensiones y escrúpulos de su futuro, y que ponía un cuidado especial en aliviarle de este peso. La viuda se esforzaba, para complacerle, en salir de su reserva natural. Le daba bromas tiernas y familiares; paseándose con él en sus jardines, se ponía flores en los cabellos; cogía cerezas y se las servía con las puntas de sus dedos; buscaba pretextos para poner delante de su cara sus bellas manos perfumadas, como si hubiese querido hacerlo respirar algún olor agradable.

Ante tales procedimientos no podía Gerardo conservar de ninguna manera la timidez desconfiada que tanto tiempo le había paralizado al lado de su prima. Pero comenzaba á experimentar un disgusto de otro género; poco versado en la ciencia de los amores honestos, se preguntaba sí, queriendo corresponder á los encantos mimosos de su prima, lo cual le parecía indispensable, no arriesgaría traspasar la medida y desagradar á una persona tan delicada. Esta perpiedad le ponía reflexivo y más torpe que de costumbre.

En uno de sus paseos á caballo, Mme. de La Pavé, un tanto sorprendida sin duda de ver sus manifes-

taciones tan fríamente acogidas, se determinó á decirle de pronto:

—Mi buen Gerardo, ¿eres de verdad un hombre malo?

—¿Dios mío! prima mía—respondió M. de Combalen—bien lo sabes, soy un jóven como lo son todos.

—¡Y lo sigues siendo siempre, á Dios gracias!... En cuanto á lo demás, te han calumniado, ¿no es verdad?

—Probablemente, sí, prima mía.

—O bien puede ser—continuó Mme. de La Pave—sea yo la que me equivocaba.... pues, naturalmente, nosotros no tenemos más que nociones muy vagas sobre este particular.... y un poco quiméricas. Pero, en fin, se me había dicho tanto de que eras un hombre malo.... que tenía de tu persona una opinión terrible; casi tenía miedo.... y en realidad, no eres hombre capaz de matar á nadie.

—Soy muy dichoso, prima mía, de haberte desengañado.

—Pero no.... es menester no ser tan dichoso.... Ciertamente, en el fondo, estoy muy contenta de que no hayas correspondido á la idea que yo había concebido de un hombre malo.... pero, por otra parte, existe cierto descontento.... Ya sabes que las mujeres somos muy curiosas, las mujeres de nuestra sociedad sobre todo.... Para ellas, un hombre malo es una especie de personaje misterioso, temible, cuyo pensamiento ocasiona estremecimientos de terror.... del cual se esperan cosas extraordinarias.... es una especie de monstruo devorador....: así nos representamos nosotros un hombre malo, poco más ó ménos.

—En fin, á Dios gracias, prima mía—dijo Gerardo—á Dios gracias, estás asegurada.

—¡Oh! enteramente—dijo la jóven con coquedad. Y partió al galope.

Caminando de este modo, Gerardo se entregaba silenciosamente á las más penosas reflexiones. Tenía la piel un poco dura; pero no tanto, sin embargo, para no sentir la picadura de los dardos que le disparaba su prima. Se persuadía cada vez más de que agotándose, como lo había hecho antes, en castos respetos, y reprimiendo severamente al lado de Mariana sus costumbres de galantería de calavera, decididamente había andado un mal camino.

Es de bastante uso entre los buenos compañeros de su especie atribuir á las mujeres más honradas un gusto secreto hácia los hombres atrevidos y emprendedores. Este axioma, más ó ménos fundado, le vino á la imaginación, y fué para él un nuevo rayo de luz; se explicaba á sí propio maravillosamente este descontento, aquel despecho de Mme. de La Pave, cuya expresión no había podido contener. Era evidente que, sobre su reputación de hombre malo, había esperado de él, no una grosería, sino maneras más vivas, más demostrativas, alguna cosa que le diese sentir la emoción de la aventura y el peligro.

Sí, positivamente, había sido un estúpido. Á fuerza de respeto había sido completamente insípido é incoloro. Se había hecho despreciar de esta encantadora jóven que creyó poder contar con él para salir

un instante, una vez en su vida, de las vulgaridades del amor de conveniencia.

—¡Yo he sido tanto más animal—añadía—cuanto que ésta es una mujer formada á medida de mi deseo! Soy un loco, y mi extremada reserva hácia ella me ha perjudicado infinitamente.

Monsieur de Combalen rumiaba todavía este texto cuando se sentó á la mesa, y, para acabar de aclarar sus ideas, creyó deber aprovecharse con largueza de los plenos poderes que su prima le había conferido acerca de los vinos de su cueva. Se mostró, por consiguiente, más expansivo que de ordinario y se entregó con mayor franqueza á la alegría que constituía el fondo de su naturaleza y que tantas veces había hecho retumbar los vidrios de los gabinetes particulares. Madame de Combalen se estremeció; pero la actitud de su sobrina la tranquilizó. Madame de La Pave, en efecto, abriendo sus grandes ojos un poco desmoronados, parecía gustar mucho de este buen humor, que encantaba probablemente sus finos oídos por la primera vez de su vida.

Después de la comida pasaron á un elegante gabinete, donde el triunfante Gerardo recibió sucesivamente de las manos de su prima un cigarro y una palanqueta para encenderle; luego, una taza de café y una copa de licor. Mientras se hacían estos distinguidos obsequios, Gerardo se inclinaba exageradamente para dar las gracias, mirándola con ojos melancólicos y murmurando con voz entrecortada cumplimientos que la hacían sonreír y enrojecer al mismo tiempo. Al cabo de algunos minutos, viéndoles madame de Combalen en tan buenas disposiciones, tuvo la discreción de irse á tomar los aires del jardín.

Habiendo quedado solo con su prima, Gerardo se dejó caer sobre un diván donde ella acababa de sentarse, é inclinándose hácia ella, con los ojos encandilados, las mejillas inflamadas, la miró nuevamente con fijeza; después, sin decir nada, meneó la cabeza muchas veces, como un hombre que no encuentra expresiones bastantes fuertes para interpretar sus sentimientos.

Á fin de remediar esta insuficiencia de lenguaje usó las admirables manos de la jóven é imprimió en ellas sus labios con un ardor extraordinario.

—Me parece, primo—dijo la viuda, deslizándose dulcemente—que estás muy alegre esta noche, y que caminas muy deprisa.... ¿Es tal vez porque yo te he reconvenido de no ser hombre malo?

—Prima mía, te confieso que nunca he tenido tantas ganas de serlo como ahora.... ¿Cómo te vas á enfadar!.... Vamos; tú me has animado un poco....

Y le tomó nuevamente las manos.

—¡Oh! Lo habrás comprendido bien, lo espero—dijo la jóven, que parecía turbada, y que en afecto lo estaba;—habrás comprendido que yo me chancéaba!

—¡Cómo! querida prima, mi bella y deliciosa Mariana.... al punto á que hemos llegado, ¿no tengo yo el derecho de estampar un beso sobre esa hermosa frente?

Mariana vaciló; después adelantó pálidamente con una lenta timidez, y se la ofreció.

Este primer triunfo le enardeció desgraciadamente demasiado; quiso avanzar más, y sus labios buscaron con una especie de violencia un beso menos platónico.

Mitad enojada, mitad risueña, la viuda le rechazaba murmurando algunas frases indecisas:

—¡Veamos, amigo mio!..... ¡Estáte quieto; yo te lo

ruego!..... ¡Seriamiento..... te lo suplico..... estáte quieto!

Recordó Gerardo en mal hora en este instante el axioma que dice que las mujeres acan á los atrevidos ó más bien, no se acordó probablemente de nada, y obediendo únicamente á la embriaguez de su desco sobreexcitado por el vino y por la lucha,



Y le tomó nuevamente las manos.

cogió en un arranque casi brutal la cintura de la joven.

Mariana dió un salto; lanzó un grito de indignación, que esta vez no era un juego, porque se encontraba sinceramente escandalizada, porque jamás se vió tratada de esta manera, ni jamás supuso que esto que sucedía fuese posible. Pero Gerardo la había sujetado; la llevaba hácia el diván, y la oprimía entre sus brazos, asustándola con sus miradas de fauno....

—¡Ah!—exclamó Mariana;—; sois un miserable!— y deslizándose por un esfuerzo desesperado, se dirigió á la chimenea, y tiró con violencia repetidas veces del cordón de la campanilla.

(Se continuará.)

EL REAL HOSPITAL DE SANTIAGO.

Antes de empezar la conquista del reino de Granada, conociendo los Reyes Católicos cuántas ventajas podían sacar de semejante empresa si el cielo la protegía, decidieron ir en santa romería á visitar la casa del divino apóstol que tantas veces había ayudado á las armas cristianas contra las huestes morunas.

Lo primero que hirió la vista de tan piadosos monarcas, tan pronto como pisaron las calles de Santiago, fué ver el lastimoso estado en que se hallaban los peregrinos.

En vista de esto decidieron fundar un hospital tan pronto como fuese concluida la guerra de Granada.

Pero los apuros del tesoro eran grandes, y sólo gracias al celo de un consejero, D. Diego de Muros, pudo llevarse á cabo tan grandiosa obra, pues no bastando los maravedises que mandaban los Reyes y lo que rentaba el soto de Granada, tuvieron, por consejo de Muros, que impetrar del Papa las bulas para fundar una cofradía, con cuyas limosnas se pudiese levantar y sostener dicho hospital.

Puede asegurarse que en 1501 se dió principio á la construcción, sin que ni en 1509, que se abrió al servicio público, ni en 1760, en que se hicieron los últimos patios, ni hoy se haya concluido el edificio.

Entre el gran número de joyas artísticas que el citado hospital encierra, merece especial mención la portada.

Pertenece al Renacimiento: multitud de estatuas llenan los nichos que se ven en los diversos cuerpos de la portada, descollando entre ellos y en primer término las estatuas de Adán y Eva.

Forman dicha portada cinco cuerpos, viéndose en el tercero las estatuas de los doce apóstoles.

Sobre la puerta y en bajos relieves se hacen notar los bustos de los Reyes fundadores, y el arco de dicha puerta está lleno de estatuas.

En medio del cuarto cuerpo se abre la ventana que da luz á lo que en el hospital se llama la *sala Real*, porque efectivamente los Reyes Católicos quisieron tener en dicho edificio una habitación para hospedarse.

Sobre la ventana descuelga el escudo de armas de Castilla y Aragón.

En fin, en el cuerpo bajo y á ambos lados de la puerta se hacen notar dos grandes cuadros, en donde están representadas las armas de Castilla.

LA CUESTION DE CUBA.

(Conclusión.)

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Anda, anda! ¡Pues no es cosa la guerra que hay por allá abajo! (*Leyendo.*) «Cuestion anglo.... an-

glo.... egipcia.» Vamos á ver qué clase de cuestion es ésta, cabayeros.

TORIBIO.

Mala cosa son las *cuestiones*; yo nunca las quiero tener....

EL SEÑOR MANUEL.

¿Qué V. callarse, prenda?

EL SEÑOR MATÍAS.

«Ascienden á más de treinta mil los muertos de la botella de.... ¡digo! de la botella.... no, no dico eso.... la batalla dada en el Su.... Su.... dan.»

TORIBIO.

¿Ese pueblo no está cerca del Ferrol?

EL SEÑOR MATÍAS.

Eso es, como quien tuerce á la mano; ¡pedazo de bruto, si está en Africa!

EL SEÑOR MATÍAS.

¿Norte ó Sur?

EL SEÑOR MANUEL.

No, señor, en el Africa tal y como se ice, en el mismo corazon de Italia.

TORIBIO.

¿Dígame, y esa tierra caerá mucho léjos?

EL SEÑOR MATÍAS.

Claro está, hombre; está más léjos que Paris el de Francia; conque échate á pensar si se puede ir al *pedibum andando*, como dijo el otro.

EL SEÑOR MANUEL.

Por supuesto que too eso será *camama*.

EL SEÑOR MATÍAS.

Poco á poco, que á mí no me dismiente ningún nacido.

TORIBIO.

¡Claramenté que no! El señor Manuel quiere decir que el periódico no dice verdá en eso de los muertos.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Bien se conoce que no saben ustés lo que es morir gente en el mundo! Habían ustés de haber visto á los franceses el año veintitros, como yo los ví; ¡que mala gangrena me salga en la lengua si miento!

EL SEÑOR MANUEL.

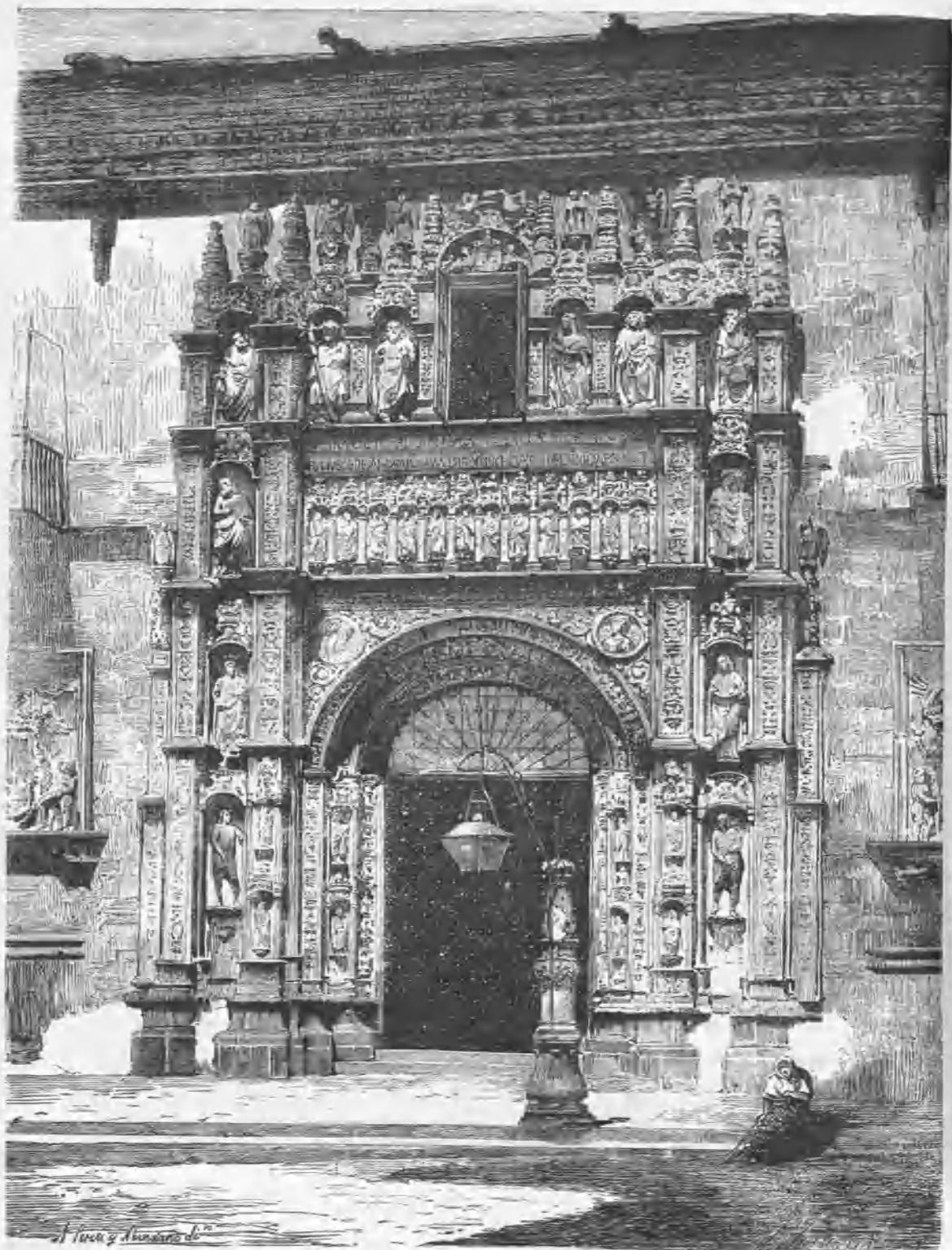
¡Conformes, hombre! ¿Pero á cuento de qué se matan así los hombres?

EL SEÑOR MATÍAS.

A cuento e que están en guerra. ¡Miste qué sa lida!

TORIBIO.

Yo no lu sabía.



PORTADA DEL HOSPITAL DE SANTIAGO.

EL SEÑOR MATÍAS.

El periódico íca que en la batalla han escabechao á toa esa gente; pues bien, ustés no saben por qué es eso, y por eso dicen lo otro. A ver si yo me explico y nstes no me entienden.

TORIBIO.

Dígalo prontu.

EL SEÑOR MATÍAS.

Pues es la cosa que ahora hay leña por África, que está á la izquierda de Roma como quien va á la tierra santa, que es el decir que aquello anda muy malo. ¿ Ustedes comprenden? Pues bien, el jefe de los africanos parece que ha movío la grosca porque querían quitarle un pedazo de tierra; que es como si ahora digo yo (y perdonen ustedes el modo de señalar) aquí en el portal está mi tierra, y en el portal del señor Manuel la del otro, y vienes tú, que eres el otro, y te metes por medio haciendo estrago; pues el señor Manolo y yo, que vamos aligaos, te damos la desazon y acabamos contigo, y ahí tienes la guerra, que es lo que se dice. Me parece que esto es claro como la luz del día.

TORIBIO.

Y por eso le llaman la *custion*.

EL SEÑOR MANUEL.

¡ Velay!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡ Eso mesmo! También llamaban liacé tiempo á la otra guerra la *custion* de Italia, que querían dársela á uno que le dicen el bney de Tápez y la *custion*, del Bizniato y El hombre al día y la *custion* de la Galitzia.

TORIBIO.

¡ No, eso sí que no! ¡ En Galicia no ha metidu nadie la pata entudavía! ¡ Quien diga otra cosa dígo-le que miente!

EL SEÑOR MATÍAS.

Pues á mí no me lo dirás, porque la Galicia mía es otra que la tuya.

EL SEÑOR MANUEL.

Deje V., que el compadre Matias nos va á sacar el sol de la cabeza á todos.

LA SEÑORA VERÓNICA.

Matias, no pierdas el tiempo con gente denútil.

EL SEÑOR MATÍAS.

Yo sé lo que me digo, y he estao en imprentas más tiempo que otros, y estoy enterao ¡ ea! y lo que digo es que hay dos Galicia.

TORIBIO.

¡ Dígale que no, y que no sabe lo que se pesca!

EL SEÑOR MATÍAS.

Ahora lo que tí que ver es la *custion* del Sudan,

y yo estoy en lo que digo, que, gracias á Dios, no me estorba lo negro como á otros y leo de corrido ...

EL SEÑOR MANDEL.

Güeno, hombre, güeno, ya sabemos que usté es muy lelo y muy escribío.... ¿ Verdá, Toribio?

LA SEÑORA VERÓNICA.

¿ Oyes, Matias? ¡ Guárdate el papel y no hagas caso de la gente que nó comulga!

LA JUANA. (*Desde su portal.*)

¡ Toribio, ya lo oyes!

TORIBIO.

¡ No, á mí no me tienen que decir las cosas de mi tierra, y en todo caso, allá queda mi mujer con las criaturiñas, ¡ y yo sé que no ha entrao naide en Galicia!

EL SEÑOR MATÍAS.

Y yo te digo que eres un alma en pena y un tonto y un peazo de pan pa estas cosas.

TORIBIO. (*Cargado y levantándose.*)

Pues lo mismo digu, y ademas *cuchinu*.

EL SEÑOR MATÍAS.

Me parece que te va á pesar haber nacio, Toribio.

LA JUANA.

Miá que te insultan.

LA SEÑORA VERÓNICA.

¡ Qué interes te tiene la Juana! ¡ Jesus! Hay mujeres que no reparan ni en que esté su pariente elante.

EL SEÑOR MANUEL.

Ea, ya se acabó el estar callao y el aguantar indirectas, que ya me canso de que me pinchen, y aquí no va á quedar cosa con cosa.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡ Usté es un *agua-tibia* que viene aquí á poner en mal á la gente!

TORIBIO.

¡ Y usté un embustero del demu!

El señor Matias empuña una lezna; el señor Manuel un banquillo. Toribio levanta la cuba y la deja caer sobre la mesa. Confusion general. Diálogo animadísimo por todas partes.

— ¡ Tunante!

— ¡ Ladron!

— ¡ Mal hombre!

— ¡ Á la cárcel!

— ¡ Á mí no me dismiente naide!

— ¡ Vecinos!

— ¡ Fuera!

— ¡ Miau!

— ¡ Á ése!

— ¡ Que se me pague mi cuba que me han roto!

— ¡ Anda y que te la pague el que te la ha roto!



EL DESCANSO EN LA MARCHA.

(CUADRO DE DON JOSÉ BENLAURE.)

— ¡Esa mujer tiene la culpa, que le tiene tirria á mi marido!

— ¡Como que usted no tiene por qué callar!

— ¡Silencio!

— ¡Cáa uno á su nido!

Después de un momento de calma, debido á la presencia de la autoridad y de algunos vecinos pacíficos, el señor Matías vuelve á coger su periódico y se pone á leer, diciendo:

— ¿Si sabré yo lo que son las cuestiones?

La señora Verónica le dice:

— ¡Matías, á ti te va á perder la lectura!

— ¡Cállate, *arrastrada*; que vosotras tenéis la culpa e too.... yo le hubiera probao á ese bruto que la Galicia de que habla está en la otra mar, cerca del monte Olivete; sólo que vosotras habeis metido la pata!

Y vuelve á leer, y los zapatos no se remiendan solos.

Desde la última *cuestion* resuelta en la portería, Toribio ha renunciado á presentarse por allí, temiendo nueva refriega, y cuando el otro día le pregunté qué *cuestion* debatían tan acaloradamente aquella mañana, me respondió enseñándome su cuba compuesta por varios lados:

— ¡Cuestion de cuba, señoritu! ¡Yo non quiero más cuestiones!

EUSEBIO BLASCO.

EL DESCANSO EN LA MARCHA.

(CUADRO DE DON JOSÉ BENLLIURE.)

El cuadro cuya reproducción hoy ofrecemos á nuestros lectores es original del joven pintor don José Benlliure.

Es un cuadro bien compuesto, de un colorido y una entonación agradables, y en el que las figuras, colocadas en el centro de la composición, se distinguen por la naturalidad y la viveza de la expresión, y por la acertada combinación de las líneas.

LOS PALOS DE LA BARAJA.

¡Ved al gran señor de Ka!
 Sus lacayos van limpiando
 Por donde el señor va andando:
 ¡Miradle qué orondo va!
 Tiene en su casa tesoros,
 Mas con nadie los comparte;
 Le habláis del amor, del arte,
 Y él os contesta.... de toros.
 — ¿Á qué juega?
 — Á oros.

Manolo Chupa-porriones,
 Zurce-codos y Habla-mal,
 Sastre ingerto en un portal
 De la calle de Quinones;
 Diz que tiene entre sus ropas
 Siempre una *mona* escondida,
 Y embebido en la bebida
 Hace con vino las sopas.

— ¿Á qué juega?

— Á copas.

Llorente era ayer teniente,
 Hacía poco papel,
 Y para ser coronel
 Se echó á la calle Llorente;
 Cien gritos, cien asonadas,
 Y á los diez años.... ¿qué tal?
 Es teniente general
 Y ametralla barricadas.

— ¿Á qué juega?

— Á espadas.

De la Mancha, Pilindrica
 Vino andando en cuatro piés,
 Con tanta gracia, que al mes
 Le atrapó una vieja rica.
 La vieja pagó los gastos
 Para hacerle caballero,
 Y él, á su arullo primero,
 Tiró á su esposa los trastos.

— ¿Á qué juega?

— Á bastos.

¡Conque ya veis qué regalos
 Nos ofrece el mundo ciego;
 Cada *quisque* va á su juego
 Y andamos todos á palos!

F. MARTINEZ PEDROSA.

TRASLACION DEL CUERPO DE SAN FRANCISCO DE ASIS.

(CUADRO DEL SEÑOR MERCADÉ.)

En el presente número damos el grabado que representa la traslación del cuerpo de San Francisco de Asis, asunto que inspiró al Sr. Mercadé su admirable cuadro.

Nada dirémos del mérito de la obra; pero esperamos que su fiel reproducción en LA AMENIDAD, por medio del lápiz y el grabado, ha de agradar á nuestros lectores.



TRASLACION DEL CUERPO DE SAN FRANCISCO DE ASIS.—(CUADRO DEL SEÑOR MERCADÉ.)

EL MEJOR DISFRAZ.

Me hallaba en el café de Madrid un día de Carnaval esperando á un amigo, y á fuerza de codazos y de audacia habia logrado sentarme apénas al lado de una mesa que ocupaban otras diez personas, cuando me llamó la atención el grupo alborotado que habia en otra de las más cercanas.

El tal grupo, que se entretenía en sendas libaciones, lo formaban jovencitos, el que ménos de cincuenta años de edad, que se permitían celebrar el Carnaval á su manera.

Cada uno contaba sus travesuras, hechas en sus buenos tiempos, y eran celebradas por las carcajadas de los demas y algunas sonrisas de los circunstantes.

Sólo uno, hasta entónces, no habia hecho más que escuchar y reír; lo que reparado por el más an-

PERIPECIAS DEL CARNAVAL.



El ÁNGEL.— ¡suelta aquí el dinero!
 El TURCO.— ¡Cómo!
 ¿Es usted ladrón de veras?
 El ÁNGEL.— ¡Quiá! es de broma; pero suéltalo,
 porque de darla, completa.

ciano, acaso el que más confianza tenia con él, le dijo:

— Tu, Perfecto, ¿no has tenido ninguna aventura digna de contarse? Escuchas, callas y ries, y eso no podemos permitirlo. Vamos, dí, ¿no te has vestido nunca de máscara?

El Perfecto, que ni era tonto, ni corto de genio, exhalando un pequeño suspiro, contestó:

— Ojalá nunca lo hubiera hecho.
 — Aventura tenemos — dijeron los unos.
 — Que la cuente — dijeron los demas.
 — Que la refiera — dijeron en tumulto.

— Señores, no merece la pena— replicó el llamado Perfecto, colorado ya como un pimiento.

— Que lo cuente— gritaba la reunión.

— Pero, señores, si no hay aventura, ni me he vestido más que una vez en mi vida, y me ha pesado el resto de ella.

— Mejor que mejor; que cuente el suceso— decían todos á una voz.

Viendo el aludido que no había otro remedio, dijo conformándose:

— Pues ya que hay tal empeño, tengan paciencia, y escuchen, que yo no sé contar las cosas sino á mi modo.

Quedó un momento pensativo, apretaron los demás el corro para no perder un detalle, y yo, lleno de curiosidad, procuré volverme todo oídos, sin de-

PERIPECIAS DEL CARNAVAL.



ELLA. — Una copita en mi nombre.

ÉL. — Tú otra en el mío, serrana.

LA VIEJA. — ¡Qué no haya forma de echar en el pañuelo la salsa!

jar por eso de mirar por si venía el amigo aquel á quien esperaba.

El nombrado Perfecto, aunque interrumpido luego á cada paso por sus inquietos oyentes, hizo su narracion de la siguiente manera:

— Era el lunes de Carnaval de 185.... Habia venido á Madrid por vez primera para continuar mi carrera de abogado, y vivia temporalmente en una casa de huéspedes con aseo y de á 6 reales con principio.

»Acababa de cobrar en aquel dia una letra destinada para pagar la casa en que me hospedaba, con algunos reales más para mis gastos de menor cuantía, y habia contado por vez trigésima aquella para mí enorme cantidad, pues nunca me habia yo encontrado con tanto dinero junto en mi poder.

»Pensativo y cabizbajo quedé por largo rato sin saber qué hacerme, ó acaso ponderando en mi interior los infinitos goces que podia proporcionarme aquel dinero, cuando algun diablillo tentador hizo

ornzar por mi imaginación una idea, que me llenó de júbilo y alegría.

»Me levanté de mi asiento, tomé mi sombrero, y después de bajar los cincuenta y cinco escalones que conducían á mi habitación, salí á la calle.

»El sol estaba en su cenit y con su luz esplendorosa bañaba las calles de la coronada villa; el cielo puro y sereno, sin que la más ligera nube empañase su hermoso azul; la atmósfera trasparente y el aire tibio y encantador cual de temprana primavera; todo, en fin, convidaba á divertirse y á gozar del Carnaval y sus locuras.

»Además, multitud de máscaras de abigarrados y caprichosos trajes pululaban por todas partes, embromando á cuantos llegaban á conocer, no siendo yo de los últimos que tuve que sufrir sus pesadas confianzas, sus voces de falsete y hasta sus desmedidas carioías con que algunas me obsequiaron con profusión.

»Esto concluyó con mi indecisión, y como nunca había probado lo que era llevar la cara tapada, y entonces me encontraba libre y con dinero, quise satisfacer tan extraño capricho, y dándome infulas de gran señor, entré en un establecimiento-prendería donde se alquilaban trajes y caretas.

»Pregunté, indagué, revolví y ajusté el traje que sin duda alguna meóos convenía á mi larga y delgada persona, y pagué sin regatear.

»Dicho traje se componía de pantalón de punto encarnado, farol de raso, capita de color de grana para sobre el hombro, capucha del mismo color, capceta negro con negra pluma echada hácia atrás, careta de raso azul y espada de palo con puño y cazoleta de acero bruñido, á todo lo cual pensé añadir mi mejor pañuelo bordado y mis guantes negros.

»Volví precipitadamente á mi casa, me vestí con toda escrupulosidad, y cuando ya estaba hecho un Adonis, según mi opinión, salí á la calle contoneándome y respirando satisfacción hasta por los elásticos de las botinas.

»Mas apénas había andado algunos segundos y ante mí pasaba una pedigüeña estudiantina, algunos de sus individuos me saludaron alborozados, diciendo:

»— ¡Adios, ave zacuenda! ¿vas á San Andrés á visitar el nido de las cigüeñas?

»— ¡Eh, mascarita! pareces un pájaro flamenco.

»— Mira, compañero, métete las patas en los bolsillos.

»— Escucha, chico—decía uno á otro—á esa máscara le va á suceder lo que al galgo de Lucas, que subiendo una cuesta se le salió el collar por el rabo.

»Unos niños borzones que venían de retaguardia armados con sendas vejigas, desgraciadamente repararon también en mí, pues uno dijo á la sazón:

»— Mira, Manolo, ése lleva plumas de grajo.

»Y contestaron los demás:

— Pues á ava de paso, vejigazo—y la emprendieron conmigo, aumentándose las chanzonetas y dicharachos de una manera prodigiosa.

»Yo, que siempre he sido tímido, y que no estaba acostumbrado á tales chanzas ni á bromas de aque-

lla especie, me ruboricé como una chica de quince años, se me ardía la cara, y creo que los colores me salieron por fuera de la careta: sin saber qué contestar iba andando cada vez más deprisa, tropezando en todas partes: ellos conocieron mi torpeza y me dieron la grita del siglo: creo que todavía me zumba en los oídos.

»Pero no fué lo peor eso, sino que en mi stordimiento, al llegar á una esquina doblé precipitadamente y por escapar de ellos eché á correr, y como todavía no me había acostumbrado á mirar por la careta, no observé unas cestas de verdura que una vendedora trashumante había colocado en la acera; tropiezo, y con toda la fuerza de mi carrera caigo por encima de ellas y me doy un gran golpe en la cabeza con el canto de las leas, haciéndome una horrenda herida en la frente, de que conservo la cicatriz que me adorna.

»Quedé sin sentido; unas almas caritativas avisaron á los guindillas, que me llevaron al hospital, en donde estuve no sé cuántos días entre la vida y la muerte.

»Cuando salí, la casa de huéspedes con aseo había desaparecido con mi equipaje, yo había perdido el año en la Universidad, y llegaba mi padre, que después de enjaretarme un buen sermón me tuvo hasta el otro curso empleado en las labores del campo en castigo de mis locuras, como él decía.

»Desde entonces me he disfrazado de hombre de bien y me va perfectamente.»

Llegó mi amigo á esta sazón y tuve que abandonar aquel sitio, en donde hubiera escuchado cosas muy buenas de las que suelen pasar en la villa del oso y del madroño en los días de Carnaval.

J. M. G.

EL TAMBOR Y LOS PALILLOS.

FÁBULA LITERARIA.

—¿ Por qué con tanto rigor
Me tratáis, solemnes pillos?—

Así dijo á los palillos

Un baquetado tambor.

Y ellos, presa del furor,

Tal insulto al escuchar,

Cesando en su redoblar,

Dijeron de esta manera:

— Si por nosotros no fuera,

¿Cómo habías de sonar?

¿ No vemos todos los días

Poetastros (más de ciento),

Y á críticos sin talento

Que estudian sus tonterías?

Pues bien, lector, no te rías

Si te hago de estos autores,

Á falta de otros mejores,

Estos símiles sencillos:

Los críticos son palillos,

Los criticados... tambores.

RADIRÓ BLANCO.

MADRE É HIJA.

Son dos brillantes espejos
Que, por ciencia sobrehumana,
Deslumbran con los reflejos
De ayer, de hoy y de mañana.

Frente por frente de sí,
Cada una en la otra se ve,
Y una recuerda «*Así fui*»
Y otra piensa «*Así seré.*»

De amigos y admiradores
Logran iguales tributos,
Primavera de esas flores
Y otoño de tales frutos.

Bien puede la una serena
Ver el tiempo trascurrir,
Y debe la otra, sin pena,
Contemplar su porvenir.

Acaso parezca oscuro
Este milagro viviente;
Pero pasado y futuro
Son un hermoso presente:

Que en ellas á unirse alcanza
La ilusión á la verdad,
El recuerdo á la esperanza
Y el sueño á la realidad.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

LA PALOMA DE CONSUELO.

PEQUEÑO POEMA.

Á la Srta. C. de H.

Consuelo, niña galana,
Hermosa como el verjel
Que bordan mirto y laurel
En primaveral mañana,

De una colina en la loma,
En un día de verano,
Cogió con su blanca mano
Una cándida paloma.

Á su casa la llevó
La alegre niña, gozosa,
Y en una jaula preciosa
Su conquista aprisionó.

De puro cariño llena,
La arrullaba en tono suave;
Pero era el caso que el ave
Se iba muriendo de pena.

Y á tal las cosas llegaron
Entre ella y su compañera,
Que un día de esta manera
Niña y ave platicaron.

NIÑA. — ¿Por qué, si tanto te cuido,
Me ofreces pena cruenta
Muriéndote macilenta
De pena en dorado nido?

Tan sólo pienso en amarte,
Y es tuyo mi pensamiento,
Y en vez de agradecimiento
Sientes ansias de matarte.

AVE. — Vano, mi dueña, es tu anhelo
Por quererme aprisionar;
Dame espacio do volar,
Que entre prisiones no hay cielo.

Dame libertad, hermana,
Si quieres que pueda amarte,
Y un beso vendré á dejarte
Cada día en tu ventana.

Mucho me amas, es verdad,
Pero en la cárcel no hay vida. —

Y Consuelo, arrepentida,
Le dió al ave libertad.

LUIS VEGA-REY.

AZARES Y RAREZAS DE LA VIDA.

Tan deprisa iba anoche mi vecina,
Que tropezó, y se dió contra una esquina:
Lo que prueba, lector, que la presteza
Suele á veces costarnos la cabeza.

La estatua ecuestre de Felipe Cuarto
Admirado un labriego contemplaba,
Y al verse pobre, y de desprecios harto,
De la contraria suerte se asombraba;
Y ganoso de fama se dolía
No haber sido cuadrúpedo algun día.

De un descarrilamiento, por fortuna,
Salió don Lésmes sin lesion alguna;
Y un gallego le dió tal pisoton
Que apenas le alcanzó la Santa Uncion.

Un arriero al jumento sacndia
Porque llevar la carga no podia,
Y cansado de trato tan atroz
Alzó las patas y le dió una coz:
Lo que enseña, lector, que en casos tales,
Los animales se hacen racionales.

JOSÉ LESEN Y MORENO.

Galería de las minas de Sutro (Nevada) 6147 metros.

Túnel del Mont Cenis 12.233 metros.

Túnel del Saint Gothard 14.920 metros.

Galería de la mina Joseph II en Hungría 16.538 metros.

TÚNELES MAS GRANDES DEL MUNDO.

LOS TÚNELES MÁS GRANDES DEL MUNDO.

Schemnitz, la principal ciudad minera de Hungría, ha celebrado la apertura de la galería de la mina *José II*, que constituye el túnel subterráneo más largo que hay en el mundo entero.

Tiene 16.538 metros de longitud.

Después de este túnel vienen:

El túnel del San Gotardo, 14.920 metros;

El túnel del Monte-Cenis, 12.233 metros, y

La galería de las minas de Sutro (Nevada), 6.147 metros.

En el presente número publicamos un grabado en el cual se pueden apreciar las diferencias de los cuatro túneles citados.

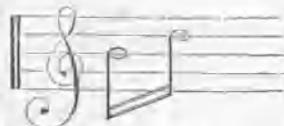
RECTIFICACION.

En el prólogo de la leyenda *Evangelina*, publicado en el núm. 53 de nuestro periódico, decíamos que la traducción por nosotros publicada era la primera que aparecía en España: amantes, ante todo, de la verdad, debemos hacer constar que la primera traducción de la citada leyenda fué hecha por el señor D. Vicente de Arana en el año 1873, viendo la luz pública en el *Iruac-bal*, de Bilbao, y en *El Bazar*, de Madrid, formando luego parte de la obra publicada por el citado autor, titulada *Oro y oropel*.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

No nombres la sogá en casa del ahorcado.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO

GRABADOS.—Portada del hospital de Santiago.—El descanso en la marcha, cuadro de Bonliere.—Traslacion del cuerpo de San Francisco de Asis, cuadro de Muradé.—Peripetias del Carnaval.—Túneles más grandes del mundo.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Evangelina, por Longfellow.—El Archipiélago de Enege, por Julio Verne.—Aventura de un pilluelo de París en Oceanía, por Luis Housseard.—La Viuda, por Octavio Feuillet.—El Real hospital de Santiago.—La cuestion de Cuba (conclusion), por Eusebio Blasco.—El descanso en la marcha.—Los palos de la balsa, por F. Martinez Pedres.—Traslacion del cuerpo de San Francisco de Asis.—El mejor disfraz.—El tambor y los palillos, por Benito Blanco.—Madre ó hija, por Juan José Herce.—La paloma de Consuelo, por Luis Vega-Roy.—Amores y raras de la vida, por José Lezén y Moreno.—Los túneles más grandes del mundo.—Rectificacion.—Solucion al jeroglífico.